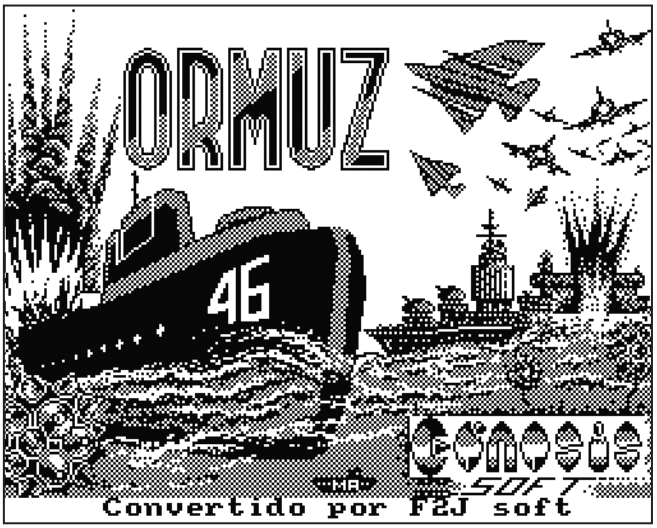
ORMUZ

desde dentro

por Slype



ORMUZ para Amstrad CPC © 1989 GENESIS SOFT / IBER SOFT

ORMUZ contado desde dentro

© 2026 Slype — Texto original
© 2026 MiguelSky — Traducción del francés al español
(ES - v1.2)

Esta obra se distribuye bajo la licencia
Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0 Internacional.



Se permite su lectura, copia, impresión para uso personal y redistribución gratuita sin modificaciones, siempre que se reconozca la autoría.
Cualquier explotación comercial o distribución de versiones modificadas, adaptadas o nuevas traducciones requiere la autorización previa de los titulares de los derechos.

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Y pensar que todo comenzó con una breve publicación de Toug en las RRSS...

Prólogo

ORMUZ podría haber sido presentado como muchos juegos de la época: con una ficha técnica, algunas capturas de pantalla, dos párrafos sobre el objetivo y una lista de comandos. Eso habría sido correcto. Pero terriblemente insuficiente.

Porque ORMUZ no es solo un juego donde mueves un submarino por la pantalla de un Amstrad CPC. Es una pequeña olla a presión: una bahía que penetrar, una plataforma que destruir, minas que esquivar, redes que abrir, barcos que hundir, aviones a los que temer, cantidad de oxígeno que vigilar y un teclado que transforma los signos de puntuación en órdenes de combate.

Por eso, el siguiente texto adopta el enfoque de contar la historia de ORMUZ desde dentro. No desde la silla del jugador, sino desde la sala de mando de El Siluro, un submarino imaginario lanzado a la bahía con muy poco tiempo, muy poco oxígeno y demasiadas razones para no regresar.

Este relato se basa en la mecánica del juego, sus pantallas, sus comandos, su manual y sus peculiaridades. No pretende sustituir el juego, ni mucho menos suavizarlo. Simplemente intenta dar voz a lo que sus números, indicadores y mensajes concisos ya sugerían: tras unas teclas y píxeles, ORMUZ recreaba una auténtica batalla de nervios.

Así, ante la bahía.
Ante las minas.
Ante el oxígeno que disminuye.
Ante el punto y coma.

ORMUZ

contado desde dentro

Un relato sobre el juego ORMUZ
para Amstrad CPC (1989)

Éditor:
Software Génesis Soft / IBER
Distribuitor:
IBSA (International Business, S.A.)
Programación:
F2J Soft (Javier García Navarro (JGN), Felix Aranda)
Pantalla de carga:
Miguel Angel BORREGUERO QUESADA
Ilustración de Portada:
Ramón González Teja

Ante la bahía

Habían pasado ya 149 días desde que El Siluro zarpó.

Ciento cuarenta y nueve días escuchando el casco trabajar, las bombas respirando en lugar de los hombres, las placas metálicas crujiendo suavemente cada vez que el submarino cambiaba de posición. Diecinueve días de más, si uno aún creía la planificación publicada en las impolutas oficinas. A bordo, nadie la creía ya. No desde que el regreso se había suspendido por una orden tajante, firmada con una autoridad demasiado alta como para ser cuestionada.

La tripulación prefería el nombre de 'El Basuro', tan recalcitrante era este nuevo sumergible. No ante todo el mundo. No en los informes. Pero en los pasillos, en las salas de máquinas, en los suspiros entre dos cafés recalentados, el apodo caló más que la pintura oficial.

Tres semanas hacía desde que el submarino fue enviado a esta zona. Durante tres semanas, El Siluro permaneció inmóvil, o casi inmóvil, en las profundidades del Mar Arábigo, en algún lugar entre Madagascar, India y el estrecho de Ormuz. Una posición de espera. Una de esas zonas tapón invisibles donde se acumulan los buques que aún no están listos para operar, pero a los que se les niega el acceso.

El día anterior a su regreso previsto, un mensaje inicial canceló la vuelta a tierra.
Continúen sumergidos.
Silencio de radio reforzado.
Esperen órdenes de misión prioritarias.
Nada más.

Desde entonces, la tensión se había instalado a bordo como una capa extra de humedad. Se filtraba por los mamparos, se aferraba a los uniformes, persistía en la garganta después del café. Incluso las partidas de cartas habían desaparecido. No por reglamento, sino por instinto de supervivencia. A fuerza de perder por un rey mal colocado o una mano lenta, las miradas empezaban a pesar más que los torpedos.

Entonces, cuarenta horas antes, había llegado otra orden.

No aún la misión. No aún el nombre. Solo una ruta de aproximación, un corredor aliado, un lento ascenso hacia el norte y esa forma militar de decir «preparados» sin usar la palabra. El Siluro había abandonado su zona de espera bajo cobertura amiga. En superficie, otros debían saberlo: el Cuartel General, las estaciones de radar, los barcos cuyas tranquilizadoras siluetas aún aparecían en la carta náutica.

Adentro, no se sabía casi nada.

En la sala de mando, el capitán Álvaro Morena tampoco decía casi nada. A bordo, nadie lo llamaba «Capi». Demasiado corto. Demasiado familiar. Para los hombres de El Siluro, él era El Capitán. Morena era uno de esos comandantes que ahorraban palabras como si fueran oxígeno: por costumbre, por disciplina, y quizás también porque una orden dada demasiado pronto puede causar más daño que una fuga de agua.

A las 03:17, llegó el verdadero mensaje.

No fue una larga transmisión. Sin discursos. Sin música heroica. Solo un paquete codificado, escupido por la radio como una espina clavada en la garganta de la nave.

Iván Serrano, a quien todos llamaban El Profe desde que llevaba el diario de a bordo con una letra demasiado pulcra para un lugar así, recibió el paquete, lo descifró y luego permaneció inmóvil durante unos segundos.

El Capitán levantó la vista.
—Lee esto. Maldita sea…

El Profe tragó saliva.

—Según el informe de la misión, una plataforma nuclear ha caído en manos de terroristas en una bahía fuertemente fortificada del estrecho de Ormuz. Los informes de inteligencia mencionan misiles de largo alcance. Ultimátum en curso. Negociaciones abandonadas.

Nadie se movió.

En la sala de mando, el silencio adquirió una nueva densidad.

—Dámelo.

El Profe le entregó la hoja de papel descifrada.

Morena la tomó, la releyó sin cambiar su expresión y la colocó extendida frente a él, como si un trozo de papel pudiera permanecer inmóvil cuando todo lo demás estaba a punto de desmoronarse.

—¿Plazo?

—Treinta minutos después de entrar en la zona de operaciones.

Desde el intercomunicador de la sala de máquinas, una risa sin alegría surgió de las entrañas del barco.

—¿Treinta minutos? ¿Qué se creen que somos, un fueraborda?

Acababa de hablar Erwan Madec. Ingeniero jefe. Apodo: Biela. No porque le gustaran los motores, sino porque parecía capaz de discutir con cada uno de ellos, dándoles la razón la mitad de las veces. Maldijo entre dientes, por respeto a la tripulación, pero lo suficientemente alto como para que los operadores de radio supieran con quién trataban.

El capitán no respondió. Miró el mapa.

Malo Kerbrat, el segundo al mando, ya se le había acercado. Santo, como lo conocían a bordo, porque daba malas noticias con la calma de quien ya había leído el final antes que nadie. Su dedo trazó la ruta desde el corredor aliado hasta la entrada de la bahía.

—Estamos casi al límite de la cobertura, Capitán. Después de esto, nada nos servirá.

—¿Posición de la bahía?

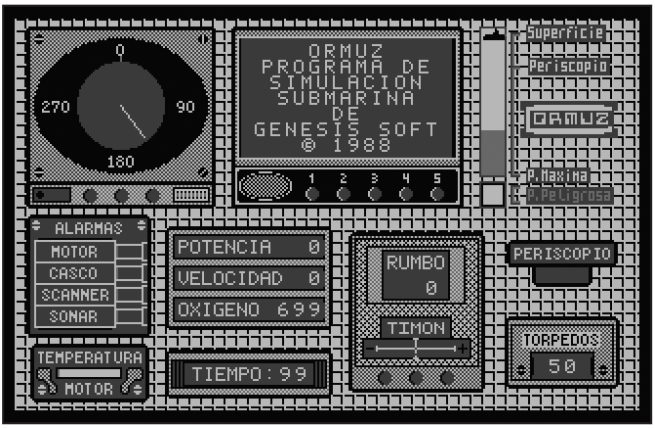
Santo deslizó su lápiz de color a lo largo de la línea.

—Rumbo posible rumbo. No es un paseo. Pero posible.

—Eso es todo lo que necesitamos.

Continuó El Profe, con voz más baja:
—La orden concreta: penetrar en la bahía, destruir la plataforma. No se confirma apoyo directo una vez que se haya abierto la brecha.

Esta vez, Biela no se rió.
El Capitán señaló el mapa con dos dedos.
—Entonces, entraremos solos.



VISTA PRINCIPAL — navegación, supervivencia, armamento, controles

Hola, sala de mando

— · —

Bruno Varela, al timón, ya tenía las manos en los controles. «Nono», para la tripulación. Un apodo demasiado simple para un hombre que pasaba sus días corrigiendo grados, desviaciones y fallos mecánicos. Miraba fijamente las agujas como si estuvieran a punto de confesarle algo.

—¿Ruta de aproximación? —preguntó.
—Santo, traza la menos estúpida para mí —dijo el Capitán—. No la más corta. Kerbrat asintió.
—La menos estúpida, deberíamos poder encontrarla. La mejor, prefiero no prometer nada.
Un gruñido salió del intercomunicador.
—Bueno, al menos podremos ver de qué está hecho este Basuro.
Nono esbozó una sonrisa torcida.
—Tengo muchas ganas de probar algunos de los controles…
—¿Algunos? —respondió Biela—. Lo primero, no confundas los que hacen que avance con los que nos manden al fondo.

Varela bajó la mirada hacia la consola, luego hacia el teclado fijo frente a él, ese cuadrado de plástico que pretendía controlar varios cientos de toneladas de acero con la delicadeza de una vieja máquina de escribir.

—¿Empujar el motor?
Respondió El Profe sin siquiera levantar la vista de su cuaderno.
—Punto y coma.
—¿Punto y coma?
—Punto y coma.

Nono apoyó el dedo índice sobre la tecla, como si le pudiera morder.

—¿Y para reducir?

—El Profe finalmente levantó la vista.

—El signo menos.

Se hizo el silencio.

—¿El signo menos? —repitió Biela.

—El signo menos —confirmó.

Desde la estación de sonar, Rafa Cifuentes se sonrió sin quitarse los auriculares. Parabólica, por fuerza. Por sus orejas, decían. Por su habilidad para detectar los problemas antes de que ocurran.

—¿Vamos a salvar el mundo con un punto y coma y un signo menos?

—Principalmente usaremos El Basuro —respondió Biela—. Lo demás es un lujo.

El Capitán dejó pasar el comentario. Ya estaba mirando los diales, no las teclas.

—Mínima potencia. Estamos probando la respuesta de los motores. Nono, punto y coma por pulsos. No hace falta pasarse.

Varela pulsó la tecla.

Dentro de El Siluro, los motores cambiaron de tono. No mucho. Lo justo para que el suelo empezara a vibrar con más intensidad, como si la nave se hubiera dado cuenta de que se esperaba algo de ella.

—¿Respuesta del motor? —preguntó el capitán.

—Está gimiendo —anunció Biela—. Así que, está respondiendo.

—¿Velocidad?

Santo ya seguía la aguja.

—Está subiendo. Lentamente. Como cualquier cosa demasiado pesada que no quiere que le metan prisa.

Nono apartó el dedo del punto y coma.

—¿Y si toco lo más mínimo?

Lucien Marec, en la estación de inmersión, apenas levantó la vista de su profundímetro. El bretón de Marsella observaba el mar vertical con la atención de un sacerdote ante una llama. Demasiado alto, te dejas ver. Demasiado bajo, te estrellas. Entre ambas, está la vida, pero nunca el tiempo suficiente para quedarse.

—Reduce el empuje —dijo—. Y si lo tocas en el momento equivocado, les darás a los peces algo de qué hablar.
El capitán apoyó la mano en el borde de la consola.
—Vamos a mantenerlo sencillo. Punto y coma para empujar. Signo menos para retener. Entretanto, intentamos sobrevivir.
El Marsellés maldijo.
—¿Quieres hablar de mis controles? Flecha arriba y flecha abajo... ¡Es casi como el juguete que le compramos a mi sobrino por Navidad!

El Siluro aún no estaba en la bahía.
Aún no bajo los aviones.
Aún no atrapado en las redes.

Por el momento, solo tenían que verificar que cada indicador estuviera dentro de los límites aceptables.

Hasta las 03:17, El Siluro aún tenía algo de mal transatlántico militar. Un barco atrapado en el mar demasiado tiempo, demasiado lleno de hombres cansados, de maldiciones mecánicas y rutinas agotadas. Una especie de Crucero del Amor bajo presión, sin sol, sin piscina y sin ninguna posibilidad de encontrarse con alguien con una camisa hawaiana.

Entonces llegó el mensaje.
Desde entonces, la sala de mando ya no tenía el mismo color.
Los indicadores parecían más duros. Las luces de advertencia, más agresivas. Incluso el zumbido eléctrico del panel de control parecía haber cambiado de tono, como si El Siluro hubiera comprendido antes que la tripulación que la espera por fin había terminado. Las mismas manos. Los mismos botones. Los mismos hombres alrededor. Pero ya no era la misma nave.

Biela fue el primero en decirlo en voz alta.
—Mirad esto... El Basuro está teniendo una crisis de autoridad. Parece que ha entrado en modo combate.
Nono bajó la mirada hacia los controles.
—Ya me parecía penoso antes.
—Antes se comportaba como una princesa —respondió Biela—. Ahora está apretando los dientes.

El Capitán Morena recorrió con la mirada los indicadores. Velocidad, potencia, rumbo, profundidad. Aún no había nada hostil afuera, pero todo adentro exigía ser revisado.

—Estamos aprovechando el corredor aliado —dijo—. Pruebas de control. Primero la propulsión.

Nono obedeció con los gestos que había aprendido minutos antes. Nada de movimientos bruscos. Nada de saltos heroicos. Impulsos pequeños, precisos y cautelosos, como empujar a un animal enorme sabiendo que podría responder con una coz.

En las entrañas de El Siluro, los motores cambiaron de tono.

La vibración aumentó, más profunda, más intensa. Las planchas del suelo comenzaron a transmitir algo nuevo, una voluntad pesada, casi frustrada. La nave ya no dormía. Avanzaba.

—¿Respuesta del motor?

Desde la sala de máquinas, gruñó Biela por el intercomunicador.

—Está gimiendo. Así que está respondiendo.

—¿Velocidad?

Santo, siguiendo la aguja.

—Está subiendo. Lentamente.

Nono redujo la potencia.

El Siluro no se detuvo de inmediato. Mantuvo su impulso, deslizándose inmóvil por las oscuras aguas, con esa inercia propia de las masas que nunca puedes controlar, que no puedes convencer.

—Sigue avanzando —observó El Marsellés.

—Sí, mantiene sus malos hábitos —respondió Biela—. Pero al menos se mueve.

Morena no sonrió. Su mirada se desvió de los indicadores al rumbo trazado por Kerbrat. Potencia. Velocidad. Rumbo. Profundidad. El panel de instrumentos había dejado de ser un mero elemento decorativo. Cada aguja se había convertido en una promesa o en una amenaza.

—Muy bien. Continuaremos las pruebas. Nada de movimientos bruscos. Mientras nuestros aliados nos cubran, descubriremos cómo se comporta en este modo de combate.

Parabólica, con los auriculares puestos, murmuró sin alejarse del mar:
—Los sonidos amigos se desvanecen.
Nadie respondió.

En la carta, los últimos marcadores aliados se deslizaron hacia el borde de la pantalla y luego desaparecieron uno a uno, como si alguien apagara las luces antes de cerrar la puerta.

Biela maldijo por el intercomunicador.
—Ya está. El Basuro está solo en el mundo.

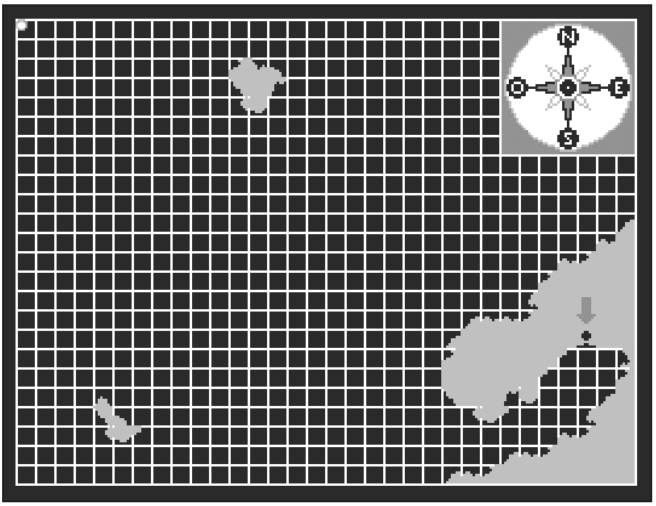
Santo no respondió de inmediato. Miró el mapa electrónico con esa peculiar quietud de quienes buscan un error y se da cuenta de que no lo hay.

—No hay un inventario completo de la zona —dijo finalmente—. Ningún estudio fiable. Ningún tráfico confirmado. Ninguna profundidad garantizada por ningún sitio.
Golpeó la pantalla con la punta del lápiz.
—Menos mal que este mapa al menos muestra nuestro progreso. De lo contrario, no serviría para nada más que calzar la pata de una mesa.
Parabólica, con los auriculares aún puestos.
—¿Los satélites no han dado ningún resultado?
—Nada útil.
—¿Los aviones?.
—Regresaron demasiado pronto.
—¿Los barcos de reconocimiento?
Santo colocó su lápiz de color junto al mapa
—Los que regresaron confirmaron principalmente que era mejor no volver.

El capitán Morena se quedó mirando el punto aislado en la pantalla.
El mapa no estaba vacío porque el mar estuviera en calma.
Estaba vacío porque nadie había logrado completarlo.

—Muy bien —dijo—. Consideraremos que, a partir de ahora, cada milímetro de este mapa está en nuestra contra.

❖



MAPA DE LA MISIÓN: posición, ruta, objetivo, puntos de referencia

Once segundos

— · —

Nadie consideró necesario responder.

Santo volvió a coger su lápiz, trazando una ruta que parecía más una serie de concesiones que un itinerario planificado. Evitar las supuestas costas. Mantener la profundidad suficiente. No alejarse demasiado del cabo. Tampoco acercarse demasiado. En una bahía cuyos contornos nadie había podido cartografiar, incluso una línea recta resultaba sospechosa.

El Siluro avanzó unos minutos más en este nuevo silencio, más denso que el de la espera. Cada hombre observaba su puesto con una concentración diferente. Los motores, el timón, el sonar, la carta náutica. Todo parecía sostenerse en pie.

Entonces El Marsellés miró el indicador de oxígeno.
—Capitán.
Morena apenas giró la cabeza.
—¿Profundidad?
—Estable.
—¿Entonces qué?
Marec puso dos dedos sobre el indicador, sin tocarlo.
—Oxígeno.
La palabra resonó en la sala de mando con más fuerza que una alarma. Biela murmuró por el intercomunicador.
—¿Ya?
—Todavía no —respondió El Marsellés—. Ese es siempre el problema con el oxígeno. Incluso cuando no piensas en él, está ahí, descendiendo.

El Profe anotó algo y luego dejó el bolígrafo.
Parabólica, con los auriculares puestos, murmuró:
—Podemos navegar a ciegas un rato. Incluso podemos aceptar una carta náutica que no sabe nada. Pero sin oxígeno…
—Sin oxígeno —interrumpió Biela— dejamos de criticar la decoración.

Morena miró fijamente el rumbo trazado por Santo, luego el profundímetro y después la reserva de oxígeno. La bahía aún no había revelado sus minas, sus redes, sus barcos ni sus aviones. Sin embargo, acababa de dar su primera lección: en un submarino, respirar nunca es gratis.

—Marsellés, prepara un ascenso controlado.
Marec respiró hondo.
—Entendido.
—No hasta la superficie —especificó Morena—. Solo lo suficiente para reabastecernos. Que no llamemos la atención.

El marsellés acercó la mano al control de inmersión y observó la aguja como quien observa una mecha encendida.

—Desde el momento en que inicie la maniobra, tardaremos once segundos.
Nono giró la cabeza.
—¿Once segundos para qué?
—Ascender, recuperar el oxígeno y descender por debajo del nivel del periscopio. Si todo va bien.
Biela soltó una risa corta y sin alegría.
—Once segundos para enseñarles el lomo a los bastardos de arriba, entonces.
—Once segundos esperando que miren hacia otro lado —corrigió Parabólica.

El Profe anotó la cifra en el cuaderno de bitácora con una lentitud casi médica.
Ascenso a por oxígeno: once segundos.

Morena miró el indicador. No estaba discutiendo. Estaba descendiendo.
—Así que vamos a respirar bien —dijo el Capitán—. Una vez. No más de lo necesario.

El ascenso había sido limpio.
Demasiado limpio, tal vez.

El Marsellés había iniciado la maniobra con suavidad, con la mirada fija en el dial como si pudiera detener la manecilla con la fuerza de su mirada. El Siluro había abandonado lentamente su profundidad de seguridad, ascendiendo lo justo para tomar oxígeno, no lo suficiente (en teoría) como para convertirse en un blanco fácil para lo que pudiera estar acechando arriba.

—Cronómetro —dijo.
El Profe miró el reloj.
—En marcha.
Once segundos.

Sobre el papel, no era nada. Tiempo suficiente para toser, maldecir, arrepentirse de una decisión apresurada. En un submarino que había entrado en una zona de crisis, era una pequeña eternidad vertical.

El Siluro ascendió.

Las planchas metálicas cambiaron su sonido. La embarcación ya no vibraba de la misma manera. Cuanto más se acercaban a la superficie, más tenue, más frágil, casi indiscreto parecía volverse el silencio. Como si el mar, hasta entonces denso y negro, dejara gradualmente de envolverlos.

—Ocho segundos —anunció El Profe.
—¿Oxígeno? —preguntó el Capitán.

El Marsellés no respondió de inmediato. Sus ojos iban del indicador de oxígeno al de profundidad, y viceversa. Esperaba el momento oportuno. El momento en que se gana lo suficiente para continuar sin revelarse más de lo necesario.

—Está funcionando.
—No nos entretengamos.
—Lo sé, capitán.
—Diez.
El indicador subió.

No mucho. Lo suficiente para disminuir la ansiedad. Un respiro, no una victoria.
—Once.
—Descenso —dijo El Marsellés.
El Siluro se sumergió de nuevo de inmediato.

En la sala de mando, nadie respiró aliviado. Uno no respira tranquilo solo porque un indicador suba. Uno respira tranquilo cuando conoce el precio.

Biela fue el primero en romper el silencio.

—Por una vez, El Basuro no se ha hecho el tímido.
—No lo halagues tan pronto —respondió Nono —. Podría gustarle.

Santo seguía la ruta en la carta electrónica. Su posición había avanzado, lentamente, casi con timidez, como si él también dudara en adentrarse más en esta bahía, cuyo trazado nadie había podido completar. A su alrededor, nada. Ningún edificio identificado. Ninguna señal aliada. Ninguna patrulla conocida. Solo el avance de El Siluro, registrado con una frialdad que tenía más de observación que ayuda.

—Rumbo mantenido, dijo Santo—. Estamos ganando terreno.
—¿Cuánto?.
—No lo suficiente como para estar contentos. Lo suficiente como para no dar la vuelta.

El Capitán Morena apenas asintió. Su mirada volvía una y otra vez a los mismos puntos: potencia, velocidad, rumbo, profundidad, oxígeno. El panel de instrumentos tenía esa manera insoportable de mostrarlo todo sin explicar nada. Cada aguja parecía tener vida propia, y sin embargo, juntas debían contar una historia.

Parabólica, en cambio, no miraba el panel.
Escuchaba.

Con los auriculares pegados a sus grandes orejas, parecía más aferrado al mar que sentado frente al sonar. Desde que entró en la zona, había hablado poco. Una palabra de vez en cuando. Una distancia. Una duda. Un suspiro. El tipo de detalle que nunca tranquiliza a nadie, pero que todos esperan con ansia.

Levantó un dedo.

La sala de mando se quedó paralizada al instante.

—¿Qué? —preguntó el capitán.
Parabólica ladeó la cabeza.
—Nada.

Biela gruñó por el intercomunicador.
—¿Levantas el dedo para nada?
—Por el momento, no es nada.
—¿Se supone que eso me tiene que tranquilizar?
—No.

El silencio volvió. Más tenso.

Nono mantuvo las manos cerca de los controles, sin tocarlos. Santo había dejado de trazar. El Marsellés ya estaba monitorizando la profundidad como si el próximo ascenso fuera inminente. Paco Llorente, cerca de los tubos, no se movió. «El Rápido», para la tripulación. Un mote bien merecido: todo en él parecía listo para entrar en acción, excepto su rostro. Parabólica cerró los ojos.

—Ahí.
—¿Contacto?
—Ni en el mar. Ni en la superficie.
El capitán se enderezó.
—¿En el aire?
Parabólica tardó un segundo de más en responder.
—Posiblemente.
La palabra cayó fatal. Todas las palabras caen mal cuando vienen del cielo.
—Estamos por debajo del nivel de periscopio —dijo El Marsellés.
—De momento sí —respondió Santo.
Biela maldijo.
—Maldita sea… ¿nos vieron al subir?

Parabólica no respondió. Seguía escuchando, pero su rostro ya había cambiado. Ya no era el rostro de un hombre que buscaba. Era el de un hombre que había encontrado algo que hubiera preferido dejar de lado.

—Motor a toda velocidad. Alto. Se acerca de nuevo.

El Capitán Morena echó un vistazo al indicador de oxígeno, luego al de profundidad.

—Once segundos.

No hacía falta repetirlo. Todos habían entendido. Todos se dieron cuenta de que tras esos once segundos no habían desaparecido sin más. Habían dejado una estela.

—¿Inmersión?
—Demasiado tarde para desaparecer limpiamente —dijo El Marsellés.
—Pues entonces, sucio.

El Marsellés aceleró el descenso.

El Siluro se hundió con más brusquedad. El casco protestó. Un largo gemido resonó en los mamparos, seguido de una fuerte vibración que hizo temblar las luces de la sala de mando.

—¡No le gusta! —gritó Biela.
—Que ponga una reclamación —respondió el capitán—. ¿Profundidad?
—Descendiendo.
—Más rápido.
—Ya estoy bajando más rápido de lo que le gusta.
—Me da igual lo que le guste.

Parabólica se quitó uno de los auriculares, como si el sonido se hubiera vuelto demasiado fuerte para dejárselo puesto.

—Se sumerge hacia nosotros.

Ninguno preguntó quién. Ninguno lo necesitaba.

El primer impacto sacudió a El Siluro antes de que la alarma terminara de sonar.

No fue un impacto directo. Aún no. Una explosión cercana, lo suficientemente cerca como para que los bolígrafos del Profe salieran volando, levantara una nube de polvo de las ojivas y

provocara una maldición en cualquiera que aún tuviera suficiente aire en los pulmones para pronunciarla.

Nono retomó el timón.
—¡Estoy corrigiendo!
—¡Mantén el rumbo! —gritó Santo.
—¡Mantengo lo que puedo!

Biela ya gritaba desde la sala de máquinas.
—¡Sacudida de popa! ¡Nada se ha clavado, pero hemos recibido un buen golpe!
—¿Profundidad? —preguntó Morena.
—¡Continúa descendiendo!
—¿Oxígeno?

El Marsellés miró el indicador.
—Habitable. De momento.

Un segundo bufido pasó por encima de ellos. Esta vez no fue una explosión. El sonido de un avión ascendiendo, demasiado lejano para verlo, pero lo suficientemente cerca como para dejar una vibración intensa en el metal.

Parabólica siguió el eco hasta que se desvaneció.
—Se está alejando.

Nadie habló.

El Profe tomó su bolígrafo, enderezó su cuaderno y luego escribió con esa concentración casi obscena que mantenía incluso cuando el mundo temblaba a su alrededor.

03:31 — Primer ataque aéreo. Oleada aérea seguida de un impacto cercano. Daños menores.

Biela escupió por el intercomunicador:
—Menores, mis cojones.

El Profe levantó la vista.
—Puedo escribir 'daños molestos', si lo prefieres.
—Escribe que los terroristas tienen aviones y saben usarlos.

El Capitán Morena no apartó la vista de los indicadores.
—No. Escribe que cuentan con nosotros.
El Profe dejó el bolígrafo.
—¿Capitán?

Morena seguía mirando el indicador de oxígeno.
Había subido, sí.
Pero no lo suficiente como para olvidar que tendrían que empezar de nuevo.

—Salimos a la superficie once segundos. Vinieron después. No durante. Después.
Santo lo entendió antes que los demás. Su lápiz dejó de moverse sobre el mapa.
—El cielo vigila el rastro.
Parabólica volvió a ponerse el casco lentamente.
—O alguien lo vigila para él.
Biela maldijo más bajo esta vez.
—Así que cada vez que respiramos…
—Cada vez que respiramos —dijo Morena— les damos una razón para volver.

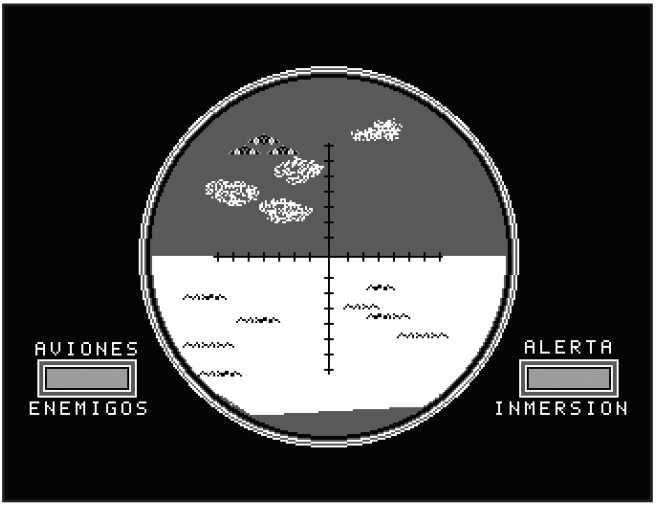
El Siluro continuó avanzando por el agua oscura, más pesado, más cauteloso, más vivo también. El panel de mando ya no gritaba. Esperaba. Las agujas habían vuelto a sus posiciones, pero nada había recuperado su calma.

La primera visita a la superficie les había proporcionado oxígeno.

También les había enseñado que en esta bahía, nunca salías a la superficie solo para respirar.

Salías a la superficie para ser visto.

❖



PERISCOPE — superficie, aeronaves, alerta, inmersión

No tienes buen aspecto.

— · —

No tienes buen aspecto.

El ataque había terminado, pero aquello había dejado algo.
No solo una vibración en el metal. No solo unas cuantas alarmas aún calientes o las maldiciones de Biela que surgían de la sala de máquinas en oleadas regulares. Había dejado una idea mucho más turbia: la bahía no siempre atacaba en el momento en que cometías un error. A veces esperaba. A veces se aferraba a la nota.

El Siluro continuó su rumbo.
Más despacio.

Santo había vuelto a coger el lápiz de color, pero ya no trazaba una ruta. Negociaba con el vacío. Cada corrección de rumbo parecía como una disculpa al mar. Un poco más al norte para evitar una supuesta costa. Un poco más profundo para no tentar a los aviones. No demasiado profundo, porque la carta ya no garantizaba nada. No demasiado rápido, porque al barco no le gustaban las sorpresas. No demasiado lento, porque treinta minutos no eran más indulgentes que los terroristas.

—Rumbo mantenido —dijo Nono.
—Sin cambios —repitió Santo sin entusiasmo—. Digamos que aún podemos mentir en la dirección correcta.

Morena miró la carta electrónica. Su punto seguía moviéndose. Solo. Obstinado. Ridículo en la inmensidad negra de la pantalla.
—¿Parabólica?
El sonar no respondió de inmediato.

Rafa Cifuentes tenía la cabeza ligeramente ladeada, los ojos entrecerrados, como si escuchara una conversación a través de una pared demasiado gruesa. Sus grandes orejas, aplastadas por el casco, le daban la apariencia de un niño sorprendido escuchando algo que no debía. Ya nadie se reía. No aquí. No cuando esas orejas a veces eran lo único que los separaba de ser chatarra.

—Tengo algo —dijo finalmente.
Biela suspiró por el intercomunicador.
—Obviamente.
—Delante. Abajo. Varios ecos leves.
El capitán puso la mano en la consola.
—¿Minas?
—Posiblemente.

La palabra no estalló. Se hundió.

Una mina, en una sala de mando, no hace ruido. No de inmediato. Comienza alterando las respiraciones. Las miradas se posan más lentamente. Los dedos se apartan de los controles inútiles. Incluso los hombres sin nada que hacer encuentran de repente algo que no deben tocar.

Santo acercó el rostro al mapa.
—No hay nada marcado.
—¡Qué novedad! —gruñó Biela.
—¿Distancia? —preguntó Morena.
Parabólica levantó un dedo, lo bajó y lo volvió a levantar.
—No la suficiente como para quedarnos charlando.

La pantalla de alerta cambió sin previo aviso.

Los mensajes desaparecieron. En su lugar, se abrió una ventana azul, plagada de ecos rojos. Ni un mapa. Ni un corredor. Ni siquiera una ruta sugerida. Solo puntos hostiles, apiñados, y el diminuto marcador de El Siluro a la izquierda, ridículo, como si lo único que necesitara fuera valor para cruzar lo imposible.

Nono se quedó paralizado medio segundo frente a la pantalla.

—¿Qué es esto?

Santo leyó el mensaje de modo en la parte superior de la pantalla.
—Navegación asistida. Campo minado.
—¿Asistida por quién?
—Por gente que no está a bordo.
Biela gruñó por el intercomunicador.
—Joder, espero que tengas reflejos del Frogger, Nono. Porque ahora mismo, la rana somos nosotros.

Nono puso los dedos en los controles. En modo Minas, la máquina ya no le ofrecía el control total. Mantenía el eje general, rechazaba grandes desviaciones y solo le dejaba con dos conjuntos de comandos: ajustar la inmersión, modular el empuje.

Arriba. Abajo. Suspira. Mantén el motor.

Toda la ciencia de la navegación submarina, resumida en una pantalla demasiado azul, puntos demasiado rojos y unos cuantos botones que parecían haber sido elegidos por un ingeniero convencido de que el miedo se simplificaba al confinarlo en un rectángulo.

—Nono, velocidad mínima —dijo Morena.
—Entendido. Tomo nota: para cruzar un campo minado, se usan signos de puntuación. Es tranquilizador.

El Siluro redujo la velocidad.
No lo suficientemente rápido para el gusto de nadie.

El grueso submarino conservaba su inercia, su pesada deriva, su terquedad de barco demasiado grande en una bahía demasiado estrecha. Nono contuvo el empuje como quien tira de una cuerda, pero el agua nunca permite que un submarino se detenga limpiamente. Lo retiene, lo empuja, lo traiciona.

—Sigue derrapando —dijo Nono.
—Porque es un submarino —respondió Biela—. No una moto acuática.
—Silencio en los motores —dijo Morena.
—Si pudiera silenciar esta maldita cosa para siempre, Capitán, lo habría hecho desde que zarpamos.
—No ella. Tú.

Parabólica seguía escuchando.
—Primer eco a babor.

En la pantalla, un punto rojo pasó demasiado cerca de su marcador. No era una mina real, por supuesto. Era un símbolo. Una mentira útil. Pero nadie en la sala de mando se atrevió a pedirle que fuera más realista.

—Baja un poco —dijo Santo.
El Marsellés lo imitó.

El Siluro se hundió suavemente. Esta vez, nadie habló de respirar. El oxígeno seguía descendiendo, claro. Descendía incluso cuando nadie miraba. Pero por el momento, la bahía les ofrecía algo más. Una guerra sin rostro, flotando en el agua, paciente, inmóvil.

—Segundo eco —dijo Parabólica—. A estribor. Más cerca.
—Lo veo —dijo Nono.
—No lo mires demasiado tiempo —dijo Santo—. Mira el hueco entre las dos.
—¿El hueco?
—El que aún no existe.

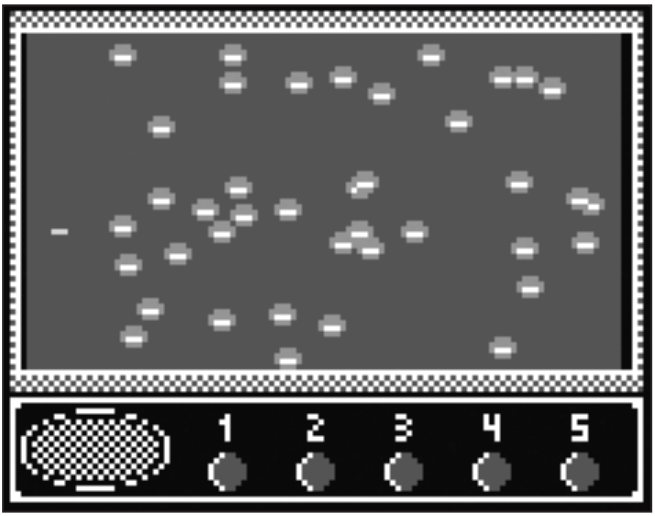
Nono corrigió respirando hondo. Demasiado empuje habría convertido la trayectoria en una apuesta arriesgada. Un avance demasiado lento les habrían quedado a la deriva, a merced de la corriente y de los cálculos incompletos del sistema. Necesitaban avanzar lo suficiente para poder gobernar, pero no tanto como para condenarse.

En la pantalla, el marcador de El Siluro se deslizaba entre dos ecos. Demasiado alto. Luego demasiado bajo. Luego justo lo suficiente. El pasaje no estaba dibujado: surgía bajo sus dedos, un error evitado tras otro.

Paco, cerca de los tubos, se inclinó hacia el panel secundario.
—Si las minas están ahí, las redes no estarán lejos.
Santo giró la cabeza hacia él.
—¿Viste algo?
—No. He vivido lo suficiente para saber que al cabrón que suelta clavos en la carretera también le gusta tender una cuerda detrás.

Biela soltó una risita muy a su pesar.
—Filosofía de mecánico.
—Filosofía de superviviente —respondió Paco.

❖



CAMPO MINADO - subir, bajar, aminorar, esquiva

Los abrelatas

— · —

Una sacudida aguda rechinó en el casco.
No fue una explosión.
Un rasponazo.
Largo, metálico, detestable.

Todos los hombres se tensaron.
—¿Qué fue eso? —exclamó Nono.
Parabólica abrió los ojos.
—No fue una mina
Por el intercomunicador, Biela, a pesar de la orden de guardar silencio.
—¿Entonces qué fue?
El Marsellés contestó delante del sonar.
—Algo que nos golpeó.

Un segundo roce recorrió el costado de El Siluro, más fuerte, como lentas garras sobre una puerta cerrada.

Paco ya tenía la mano en la palanca de seguridad de los tubos tres y cuatro.
—Red.
Santo palideció ligeramente.
—Antisubmarinos.

La palabra era casi más desagradable que mina.

Una mina, al menos, tenía la decencia de ser directa. Esperaba, golpeaba, destruía. Una red, en cambio, retenía. Impedía el avance, ralentizaba la huida, convertía al submarino en un animal atrapado.

La pantalla de advertencia parpadeó por segunda vez.

Las minas desaparecieron. En su lugar apareció una cuadrícula, compacta, fría, casi demasiado limpia. Una malla estilizada, dividida en zonas, con un punto de mira tembloroso en el centro. Esta vez, la máquina no pedía esquivar. Pedía abrir.

—Modo cortarredes, leyó Santo.
—Tubos tres y cuatro —dijo Paco—. Yo me encargo.
No hizo falta decir nada más.

Los dos primeros tubos seguían reservados para torpedos de combate. Los tubos tres y cuatro, sin embargo, habían sido preparados para otro tipo de trastos: torpedos desarmados, sin ojiva explosiva, pero capaces de llevar una punta de corte. Los técnicos los llamaban abrelatas. Una cabeza metálica corta y dentada, diseñada para morder el cable, arrancarlo y abrir una brecha. Nada que explote. Nada bonito. Solo la velocidad, la masa y los dientes suficientes para convencer a la red de que se quitara de en medio.

Paco abrió el cargador de los cortarredes.
—Cargador de cortarredes abierto.
—¿Estado? — preguntó Morena.
—Dos redes listas. Una tercera me mira de reojo.
—¿Cuántas necesitamos?
—¿Para hacerlo bien? Más de las que tendremos.

La red rechinó contra el casco.

Biela escupió por el intercomunicador:
—Estamos forzándola. Las hélices no están contentas. Yo tampoco.
—Nono, mantén la proa en rumbo.
—Si mantengo el rumbo, iremos hacia ella.
—Si lo pierdes, Paco estará disparando al vacío.
Paco fijó la primera red.
—Tubo tres, cortando redes, listo.

En la pantalla, el punto de mira cambió. Esta vez, los botones del timón respondieron. Izquierda. Derecha. No girar bruscamente, no huir. Alinear con el barco, dar a los tubos tres y cuatro el ángulo menos idiota posible. El Marsellés mantuvo la profundidad, Nono

corrigió el rumbo, Biela contuvo el empuje como quien sujeta a un animal al borde de un agujero.

—¿Por qué habéis vuelto a poner el timón en esta posición? —Preguntó Nono.
—Porque tenemos que apuntar a la malla —respondió Paco.
—¿Con todo el submarino?
—Bienvenidos a bordo de El Siluro.
La segunda cubierta se encajó.
—Tubo cuatro listo.
Santo señaló la pantalla.
—El punto débil está ahí. Abajo a la derecha.
—Claro —dijo Nono—. No podría estar en el medio, relajado, tomando café.
—Baja dos —dijo Santo.
El Marsellés obedeció.

El punto de mira se deslizó sobre la malla. Demasiado bajo. Demasiado a la derecha. Nono corrigió. La red seguía tirando, transformando cada movimiento en un choque metálico. El casco vibraba de forma diferente, ya no bajo el empuje de los motores, sino bajo la resistencia de algo externo, invisible, colocado allí por hombres que habían tenido tiempo de sobra para pensar en ello incluso antes de llegar.

—Comando T, armado —dijo Paco.
Biela regresó inmediatamente.
—¿T de torpedo?
—T de cabezal de corte —respondió Paco.
—Claro. Los que diseñaron esto no iban a estar por aquí en el momento de apretar el gatillo.

Morena miró la pantalla. El punto de mira pasó por la zona indicada por Santo, se alejó y volvió a ella.
—Ahora —dijo Santo—.
—¿Paco?
—Abrelatas lanzado.
Confirmó Paco.

El Siluro no disparó un torpedo como los que se usan para matar. Soltó una herramienta. Una masa fría y desarmada, coronada con dientes, que salió disparada del tubo tres con un breve silbido. Unos segundos después, mordió afuera.

No hubo explosión.

Un golpe sordo. Una vibración desagradable. Luego, un chirrido metálico que recorrió el casco como si el mar mismo estuviera rechinando los dientes.

—Corte parcial —dijo Parabólica.
—¿Parcial? —repitió Biela—. Odio las palabras que empiezan así.
—Necesitamos abrir más —dijo Santo.
Paco ya había restablecido el sistema.
—Tubo cuatro, tapa cerrada. Me queda uno limpio. Después de eso, pasamos a las oraciones.

Nono volvió a marcar el punto de mira. Izquierda. Demasiado. Derecha. Demasiado poco. El Marsellés corrigió la profundidad con un suspiro. Las minas seguían detrás y alrededor, las redes delante, el oxígeno bajando, los motores a máxima potencia, y la pantalla les indicaba que apuntaran a una malla como si todo fueran unas maniobras.

—Ahí —dijo Santo.
—Paco —dijo Morena.
—Segundo abrelatas.

El tubo cuatro lanzó su torpedo desarmado.
Esta vez, el impacto fue más fuerte. La red se tensó, opuso resistencia y luego se rompió justo delante de ellos con una vibración brutal que sacudió todo el puente de mando. Por un segundo, El Siluro pareció quedar retenido por la bahía entera. Después, avanzó.

Lentamente.
No libre. No limpio. Pero avanzaba.
—Red abierta —dijo Parabólica.
—No está abierta —corrigió Paco—. Herida. Lo suficiente para pasar.

—¿Minas? —preguntó Morena.
Parabólica volvió a sus ecos.
—Detrás de nosotros, las más cercanas. Unas cuantas más al borde del campo, pero estamos saliendo de la trampa.
Biela suspiró.

—El Basuro acaba de perder un trozo de pintura, dos abrelatas y probablemente mi esperanza de vida, pero lo consiguió.

Santo hizo una pequeña marca en el mapa, como si tachara una mala idea.

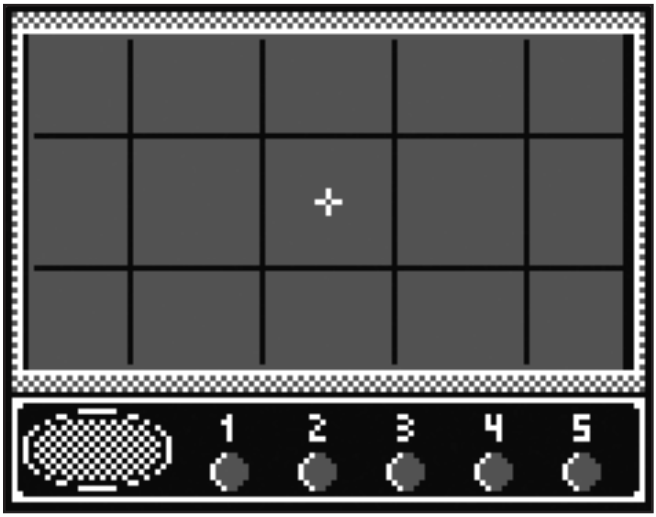
El Profe escribió:
03:35 — Campo minado atravesado. Red antisubmarina abierta con ojivas cortantes. Avance ralentizado.

Paco miró la pantalla, después la recámara casi vacía.
—¿Celebramos?
Biela respondió desde la sala de máquinas:
—Sí. Sobreviviendo a los próximos treinta segundos.

Morena no sonrió.

El Siluro acababa de sobrevivir a lo que el mapa no mostraba. Y esa era quizás la peor lección de todas: en esta bahía, incluso cuando nada aparecía ante ellos, algo seguía esperando.

❖



RED — abrelatas, abertura, pasaje, casco

El cielo sigue su marca

— · —

El Marsellés no se permitió el lujo de pensarlo mucho.
—Capitán.
Morena ya sabía la palabra que seguiría.
—¿Oxígeno?
—Oxígeno.

El indicador había reanudado su descenso tranquilo, metódico, casi insultante. El Siluro acababa de atravesar minas, abierto una red con proyectiles afilados como navajas y escapado con vida de una trampa que la carta náutica ni siquiera había tenido la cortesía de mencionar. Y a pesar de todo, la regla más simple seguía siendo la más cruel: los hombres a bordo seguían respirando.

Paco no esperó la orden. Ya había regresado a los tubos tres y cuatro. Las dos cunas de alimentación estaban vacías. El armero, él, aún tenía que alimentar el sistema, pero no por sí solo, no lo suficientemente rápido, y ciertamente no mientras El Basuro estuviera arrastrando su panza por toda la bahía.

Introdujo el primer cilindro en su alojamiento.
Clic.
No el clic tranquilizador de las máquinas bien educadas. Un clic seco y torcido, que exigía confianza sin apenas inspección.
—Tubo tres reabasteciéndose —dijo.
Biela espetó por el intercomunicador:
—¿Apenas hemos pasado el tricotaje de los terroristas y ya tenemos que volver a subir para saludar a sus pajaritos?

—No subimos para complacerlos —respondió Morena—. Subimos porque nos estamos quedando sin oxígeno.

Parabólica ya tenía las manos en los cascos.
—El cielo está en calma.
—El cielo sabe esperar —dijo Santo.
Nadie levantó la cabeza. Ese era precisamente el problema.
Morena observó el rumbo, luego el indicador, luego la profundidad.
—Mismo procedimiento. Once segundos. Ni un segundo más.
El Marsellés asintió.
—Ascenso controlado.
—Y yo seguiré cargando los abrelatas —murmuró Paco.
—Adelante —dijo Morena.

El Siluro salió de su profundidad con menos gracia que la primera vez. No por pánico. Por fatiga. El casco ya había sufrido algunos golpes, los motores habían sufrido un gran esfuerzo, la tripulación también. El barco subía como uno se levanta después de una caída: sabiendo que probablemente tendrá que volver a caer.

—Cronómetro —dijo El Marsellés.
El Profe miró el reloj.
—Encendido.

Los once segundos volvieron a aparecer.
Ya no eran abstractos. La primera vez, habían sido una cuestión de tiempo. Ahora, eran una amenaza conocida, una puerta que se abre esperando que no haya nadie detrás.

—Cuatro
El Siluro estaba subiendo.
Paco cerró la primera cámara.
—Tubo tres listo.
—Seis.
El indicador esperaba su momento.
Paco sacó la segunda recámara de la cuna.
—Tubo cuatro en curso.
—Ocho.
Parabólica cerró los ojos.
—Nada por ahora.
—No digas eso —susurró Nono.

El segundo cilindro se negaba a entrar.
Paco lo forzó suavemente y luego se detuvo por completo. Sabía que una pieza forzada en el momento equivocado siempre se terminaba cobrando las consecuencias.

—Tubo cuatro, no me hagas esto
—Diez.
El oxígeno regresó.
Demasiado poco. Otra vez demasiado poco.
El cilindro finalmente se blocó de golpe en su soporte.
—Tubo cuatro listo.
—Once.
—Descenso —dijo Morena.

El Marsellés hizo descender a El Siluro.

Esta vez, nadie bromeó cuando el barco rebasó el nivel de periscopio. Incluso Biela guardó silencio. La maniobra había sido limpia, quizás incluso más limpia que la primera. Eso era precisamente lo que la hacía tan inquietante.

Durante unos segundos, no pasó nada.

El Siluro avanzó. La carta náutica lo siguió. El indicador había subido ligeramente. La profundidad era de nuevo cómoda. Los tubos tres y cuatro estaban nuevamente habilitados para abrir una red, si la bahía decidía lanzarles otra. Todos en la sala de mando parecían fingir creer que el mar se había olvidado de ellos.
Entonces Parabólica levantó lentamente la mano.

—Aéreo.
La palabra resonó con más fuerza que una alarma.
Biela estalló:
—¡Claro! ¡Por supuesto, cojones! ¡Podemos respirar, están regresando!
—¿Distancia? —preguntó Morena.
—Viene rápido.
—¿Inmersión?
—Ya estamos descendiendo —dijo El Marsellés.
—Más abajo.
—Más abajo, estaremos flirteando con lo que la carta desconoce.

Morena contempló la punta aislada de El Siluro.
—Así que estamos flirteando.

La nave se hundió aún más. Esta vez, el descenso fue de todo menos limpio. El Siluro se hundió en un mar que no había estado libre de peligros, con minas tras ellos, redes en alguna parte, quizá bancos de arena debajo y les sobrevolaba un avión que venía a reclamar su parte.

La primera explosión pasó demasiado cerca.
Las bombillas parpadearon. Una lluvia de polvo cayó del techo.

Algo cedió con un crujido corto y seco, seguido inmediatamente de una maldición de Biela.
—¿Tocados?
—¡No directamente! ¡Pero recibimos un guantazo!
—¿Motores?
—Aguantan. No les mola, pero aguantan.

Un segundo impacto sacudió la parte delantera.

Esta vez, El Profe perdió su bolígrafo para siempre. Rodó bajo la consola, desapareció entre dos placas y nadie tuvo la oportunidad de agacharse y salvarlo.

Santo, con la mirada fija en el mapa, le lanzó su bolígrafo sin siquiera girar la cabeza.

—Toma el mío.
El Profe lo agarró y tomó su cuaderno.
—Gracias.
—Escribe más rápido —dijo Santo—. Parece que quieren darte trabajo.
Parabólica se pegó los auriculares a las orejas.
—Se está alejando.
—¿Solo uno? —preguntó Santo.
—Una sola pasada útil. Se eleva.
El silencio volvió, tenso.
Morena esperó dos segundos antes de hablar.
—¿Daños?
—Biela bufó por el intercomunicador.

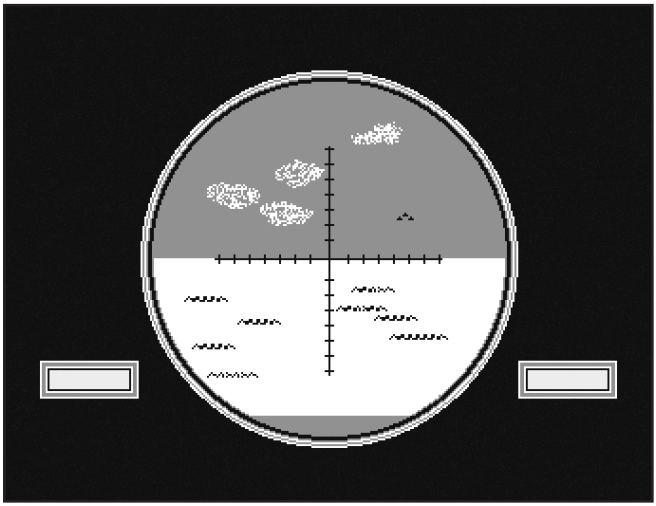
—Nada que nos vaya a matar ahora mismo. Varias cosas que se atenderán más tarde.
—¿Tubos tres y cuatro? —preguntó Morena.
Paco revisó sus indicadores.
—Recargados. No estoy contento, pero recargados.
—¿Oxígeno?
El Marsellés miró el indicador.
—Recargado. No lo suficiente como para disfrutar de la vida. Lo suficiente para continuar.

El Profe encontró su bolígrafo, o quizá otro. Nadie lo sabía con certeza. De todos modos, escribió.
03:38 — Segunda salida a por oxígeno. Otro ataque aéreo. Daños moderados. Tubos de cortarredes recargados.

Biela gruñó.
—¿Moderado, esta vez?
—¿Prefieres 'El Basuro empieza a hartarse'?
—Sí.
—Me quedo con 'moderados'.

Santo miró fijamente la carta electrónica. El morro de El Siluro seguía avanzando, pero cada milímetro ganado parecía exigir algo: oxígeno, metal, tiempo, un proyectil de corte o un poco de suerte.

❖



ATAQUE AÉREO: aviones, alerta, inmersión, daños

Barquichuelas en superficie

— · —

Morena puso la mano en la consola.
—Continuamos.
Nono levantó la vista.
—¿Hacia dónde?
Parabólica respondió antes que el Capitán.
—Hacia ruidos en la superficie.
Paco giró lentamente la cabeza.
—Por fin, algo que podemos hundir.

Morena observó el rumbo, luego la profundidad, después el indicador de oxígeno, que ya estaba bajando de nuevo.
—Entonces, estad preparados. Si la bahía nos envía sus lanchas, nosotros responderemos.

Parabólica escuchaba, con la cabeza ladeada y los ojos casi cerrados, como si intentara desenredar un hilo de una madeja de ruidos. El Siluro aún vibraba por el último ataque, los motores fallaban en algunos puntos, el oxígeno ya estaba bajando y, en algún lugar más adelante, la bahía seguía añadiendo amenazas a una situación que ya no era razonable.

—Superficie —dijo finalmente.
Paco levantó la vista.
—Por fin.

La palabra le salió con una alegría demasiado seca para ser sincera. Desde el inicio de la misión, había estado esperando una oportunidad real. Las minas no se podían torpedear. Las redes requirieron

abrelatas desarmados,no eran cargas de combate. A los aviones no les importaban sus tubos lanzatorpedos mientras se mantuvieran sobre el agua. Pero un buque de superficie, eso era otra historia.

—¿Tipo? —inquirió el Capitán.
Parabólica hizo una mueca.
—Grande. Lento. Motor constante. Quizás un destructor.
Biela soltó una risotada desagradable por el intercomunicador.
—Ah! ¿Así que también han sacado los tanques?
—¿Distancia?
—Demasiado lejos para disparar a ciegas con precisión. Demasiado cerca para fingir que no les oímos.
Morena miró a Santo.
—¿Rumbo?

Santo siguió la posición de El Siluro en la carta electrónica. Seguía solo. Seguía ridículo. Seguía vivo.
—Si mantenemos este rumbo, cruzaremos su zona. Si hacemos una corrección brusca, perderemos tiempo y nos acercaremos a un sector sin fondo.
—Así que tenemos que elegir entre lo peligroso y lo desconocido.
—Como en los últimos veinte minutos, Capitán.
Morena se volvió hacia Paco.
—Rápido, prepara los tubos lanzatorpedos.
Paco posó la mano sobre el control con una delicadeza casi inapropiada.
—Los tubos uno y dos están listos, Capitán. El tres y el cuatro se reservan para los abrelatas.

Nono suspiró.
—Al menos eso le hace feliz.
—No tengas envidia —respondió Paco—. Tú también tendrás alguna oportunidad de apretar algo que explote.
El Marsellés miró su dial.
—Para identificar el objetivo, tendremos que salir a la superficie a ojear.

Esta vez, nadie fingió no entender.

Salir a la superficie a ojear significaba sacar el periscopio a la superficie. No por mucho tiempo. No muy alto. Solo lo suficiente para

mirar. Solo lo suficiente para que el mar dejara de ser un mapa, un sonar, una hipótesis, y se convirtiera de nuevo en un horizonte con formas.

Lo justo, además, para recordarle al cielo que existían.

Biela gruñó.
—Para respirar, nos detectan. Para mirar, nos detectan. A este paso, ya podríamos salir a cubierta con una bandera.
—Periscopio corto —dijo Morena —. Identificación, disparo si es posible, y luego inmersión. Nada de pasearnos.
—¿Marsellés?
—Puedo posicionarnos por debajo del nivel del periscopio, no más arriba. Lo subiremos lo justo.
—Adelante.

El Siluro se elevó unos metros. No era un ascenso propiamente dicho. Todavía no. Una ojeada. El tipo de maniobra más corta, más nerviosa, casi más insultante para el miedo, porque ni siquiera prometía una mejor respiración. Solo prometía visión.

El periscopio se elevó.

En la sala de mando, la carta electrónica perdió de repente su importancia. Su posición seguía existiendo, en algún lugar detrás de los ojos, pero ahora todos esperaban a ver qué revelaría el vistazo. La bahía estaba dejando de ser una abstracción negra. Estaba a punto de mostrar un rostro.

Morena tomó el periscopio.
—Horizonte turbio.
—¿Detalles? —preguntó Santo.
—Niebla baja. Mar en calma. No nos favorece. Contacto a estribor, proa.

Lo ajustó lentamente.

Durante esos segundos, El Siluro pareció casi suspendido. En la carta náutica, su avance ya no tenía la misma presencia. Como si el barco contuviera la respiración mientras decidía hacia dónde mirar. Todo se concentraba en el tubo del periscopio, en la respiración del Capitán, en la mano de Nono crispada cerca de los controles.

—Lo tengo.
—¿Tipo? —preguntó Santo.
—Destructor. No es un pesquero perdido. Armado. De perfil bajo, torreta delantera, velocidad moderada. Está de patrulla.
Parabólica confirmó desde el sonar.
—Mismo eco.
Paco no se movió. No necesitaba ver el objetivo para sentir que se acercaba.
—Tubo uno listo.
Morena seguía rastreando la embarcación a través de la estrecha ventana que ofrecía la superficie.
—¿Alcance de tiro? —respondió Santo mientras Parabólica levantaba su auricular.
—Posible.
Biela silbó.
—¿Posible? ¿Eso es mejor que «letal»?
Paco puso el dedo cerca del control.
—Depende de quién dé la orden.
Morena no apartó la vista del visor.
—Un solo disparo. No nos quedamos mirando el resultado como turistas.
—Entendido —dijo Paco.

En la sala de mando, todos encontraron de repente una buena razón para guardar silencio. Incluso Biela permaneció en silencio.

—Tubo uno, fuego.
Confirmó Paco.

Se oyó un sonido sordo y profundo, casi ahogado por el agua.
El Siluro tembló ligeramente, de una forma distinta esta vez. No por una colisión, sino por la furia que acababa de desatar.

—Torpedo fuera —dijo Paco.
—¡Inmersión! —ordenó Morena, que ya se alejaba del visor.
El Marsellés hizo descender la embarcación.
—Periscopio abajo.
—¿Contacto aéreo? —preguntó Santo, ya preocupado.
Parabólica escuchaba.
—Nada por el momento.
—Cada vez me gusta menos esa frase —dijo Nono.

Paco no apartaba la vista del cronómetro, como si el tiempo pudiera predecir la explosión antes del sonido.

Entonces llegó el ruido.

Distante al principio. Apagado. Una masa que se rompe bajo el agua. El sonar captó parte de ella, el casco otra. En la sala de mando, nadie gritó victoria. Estaban demasiado cansados para eso, demasiado apretados en la bahía, demasiado conscientes de que cada éxito solía traer consigo un castigo.

Parabólica asintió.
—Impacto.
Paco cerró los párpados medio segundo.
—¿Hundido?
El sonar volvió a escuchar.
—Motor averiado. Estructura agrietada. Sí. Se está hundiendo.
Biela volvió a la carga de inmediato.
—¡Toma ya! ¡Por fin buenas noticias! ¡El Basuro todavía tiene dientes!
—Anótalo —dijo Morena.

El Profe escribió:
03:41 — Destructor enemigo hundido. Disparo a profundidad de periscopio.

Santo siguió la ruta.
—Podemos retomar el rumbo.
—Retomamos.

Nono corrigió con cautela.

El Siluro avanzó de nuevo, más bajo, más oscuro, libre de un enemigo y cargado con todos los demás. La bahía no pareció impresionada. No cambió de color. No abrió nuevos caminos. No les ofreció la más mínima señal de respeto.

Parabólica ya estaba levantando la mano.
—Nuevo contacto en superficie.

Paco se incorporó.
—¿Otra vez?
—Más grande. Sonido diferente. Posibles rotores.

Morena giró la cabeza lentamente.
—¿Portahelicópteros?
—Posiblemente —dijo Parabólica.
Biela maldijo, haciendo interferencia en el intercomunicador.
—Por supuesto. Después de la bañera, la colmena.
Santo miró la carta náutica.
—¿Está en nuestra ruta?
—No exactamente —respondió Parabólica—. Es peor. Podría dejarla inservible.

El capitán lo entendió. Un portahelicópteros no era solo un objetivo. Era una promesa de problemas en la superficie. La forma en que los terroristas recordaran a todos que la superficie les pertenecía tanto como la bahía.

Paco ya tenía la mano en los tubos.
—Puedo disparar dos.
El Marsellés miró el oxígeno, luego la profundidad.
—Para dispararlo limpiamente, tendremos que volver a echar un vistazo.

Todos miraron a Morena.
No había una respuesta correcta. Solo respuestas que costaban más o menos.

—Mismo procedimiento —dijo—. Un vistazo rápido. Fuego si la ventana está abierta. Luego desaparecemos.
Biela se burló.
—Desaparecer con El Basuro es decir demasiado.
—Entonces, mentiremos más de lo habitual.

El Siluro volvió a ascender hasta altura de periscopio.
Esta vez, la maniobra parecía más pesada. Cada ascenso, incluso uno breve, ahora llevaba consigo toda la historia de los anteriores: el oxígeno inhalado, los aviones, los impactos, los once segundos que permanecían en algún lugar del cielo como marcas de tiza.

Morena recuperó el visor.
—Contacto visual.
—¿Confirmación? —preguntó Santo.
—Portahelicópteros. No es enorme, pero sí lo suficiente para arruinarnos el día. Plataforma de popa. Silueta clara.
—Torpedo dos listo —dijo Paco.
—¿Distancia? —preguntó Santo.
Morena se ajustó.
—Ahora mala. En un momento, correcta. Después, ya perdida.
—Seguro que le da tiempo a pensárselo —refunfuñó Biela.
Paco puso su dedo cerca del control.
—Estoy preparado para no pensar.
Pasó un segundo.
Luego otro.
Parabólica habló en voz baja.
—Ruido de rotor.
El Marsellés apretó los dientes.
—Estamos demasiado altos.
—¿Capitán? —preguntó Santo.
—Ya casi lo tengo.
—Mata hombres casi con tanta seguridad como las minas —dijo Paco.
Morena apretó la mandíbula.
—Lo tengo.
Un suspiro.
—Torpedo dos, fuego.
Paco confirmó.

El segundo torpedo fue lanzado.

El Siluro se sumergió de nuevo antes de que Morena se separara del periscopio. El Marsellés no esperó la orden completa. Ya lo sabía. Todos lo sabían. No se podía mantener la vista fija cuando la bahía ya mostraba que apuntaba hacia arriba.

—Periscopio abajo.
—Descenso.
—El ruido del rotor aumenta —anunció Parabólica.
Biela estalló:
—¡Claro que aumenta! ¡Acabamos de llamar a su puerta con un torpedo!

El impacto llegó más rápido de lo esperado.

No encima de ellos.

Delante.

Una enorme explosión hendió el agua, más larga y severa que la del destructor. Incluso a distancia, sacudió a El Siluro hasta la quilla. El portahelicópteros recibió el golpe como una bestia pesada atacada en el costado.

Paco permaneció inmóvil, con la vista fija en su mira.
—Impacto.
Parabólica escuchó.
—Impacto fuerte.
—¿Hundido? —preguntó Santo.
El operador del sonar esperó, con los ojos cerrados.
—Todavía no.

Un ruido metálico comenzó a desvanecerse en sus auriculares. Luego un segundo. Luego un caos lento, húmedo y definitivo.

—Ahora sí.

El Profe lo anotó sin esperar.
03:43 — Portahelicópteros enemigo hundido. Segundo disparo a profundidad de periscopio.

Biela casi gritó de alegría:
—¡Hey! ¡El Basuro muerde, ya os lo dije!.

El capitán Morena no compartía su entusiasmo. Observó la profundidad, el oxígeno, el rumbo, y luego el vacío del mapa alrededor del morro de El Siluro. Dos barcos enemigos acababan de desaparecer. Eso debería haber tranquilizado la bahía.

En cambio, parecía más grande.
Más alerta.

Parabólica se ajustó el casco.
—Capitán...

Morena cerró los ojos por una fracción de segundo.
—¿Aéreo?
—Todavía no.
—¿En superficie?
—No.
—¿Entonces qué?
Parabólica volvió a escuchar.
—Creo que ya saben exactamente dónde estamos.

El silencio volvió a reinar.

Paco retiró lentamente la mano de los controles de disparo.

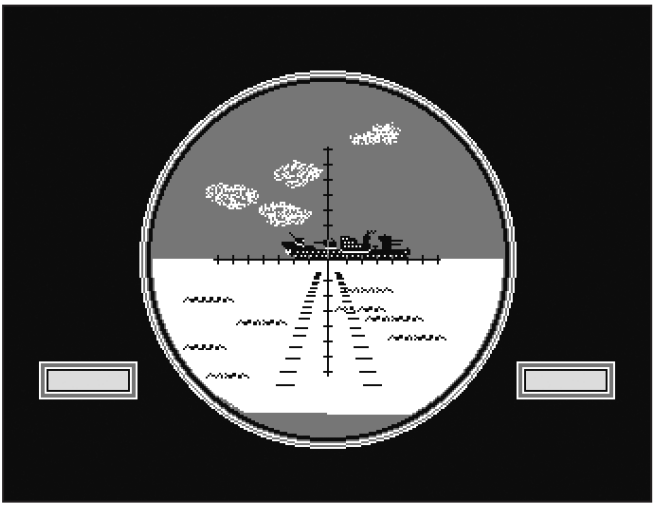
Nono retomó el timón.

Santo trazó el siguiente tramo del rumbo con un lápiz que apretaba demasiado.

El Siluro finalmente había respondido a los terroristas. Dos barcos menos en la bahía. Dos líneas más en el cuaderno de bitácora. Dos razones para creer que la misión aún era posible.

Y, sin duda, dos razones más para que todo lo que aún se alzaba sobre ellos comenzara a buscarles.

❖



CONTACTO EN SUPERFICIE: barco, torpedo, estela, impacto

Cuarto de fatiga

— · —

No los alcanzaron de inmediato.

Fue peor.

La bahía les permitió avanzar.

Durante unos minutos, El Siluro no recibió ni carga, ni mina, ni avión, ni red. Nada más que un silencio abrumador, lleno del ruido de los motores cansados, el aire sofocante y las miradas perdidas. Después del destructor y el portahelicópteros, nadie era tan ingenuo como para llamarlo una tregua. Una tregua era un favor. Aquí, era simplemente un espacio vacío en la suma.

El Profe escribió de nuevo.
03:45 — Avance reanudado. Tripulación exhausta. Objetivo aún lejano.

Hizo una pausa en la última palabra.

Lejano.

La palabra se veía impecable en el papel. Demasiado impecable. En la sala de mando, ya nada estaba impecable. Las mangas se pegaban a las muñecas. Los ojos escocían. El polvo caído del techo había dejado vetas grises sobre los escritorios. Los hombres hablaban más despacio, no por calma, sino porque cada frase costaba un poco de aire y mucha fuerza de voluntad.

Biela fue el primero en romper el silencio.
—Se está aflojando por todas partes.
Morena apenas giró la cabeza hacia el intercomunicador.
—Sé más específico.
—También podría darte un resumen de la embarcación por partes, Capitán, pero perderíamos el tiempo. Las bombas están fallando, los soportes vibran, el circuito secundario emite un sonido que no me gusta, y si a alguien más se le ocurre pedirle una maniobra elegante, subiré yo mismo y se lo explico con los puños.
—¿Aguanta?
Una pausa.
—Aguanta porque está demasiado alterado para morir.

El Marsellés observaba el indicador de oxígeno. Ya no lo veía como un instrumento, sino como un adversario paciente. Seguía bajando con la misma tranquilidad. Una aguja no tiene moral. Anuncia el final con la seriedad de un contable.

—El oxígeno vuelve a escasear —dijo.

Nadie respondió.
Lo sabían.

Siempre volvían a lo mismo. Evitaban las minas, bajaban. Abrían las redes, las forzaban. Disparaban, volvían a sumergirse. Reparaban lo que aún se podía reparar. Entonces el oxígeno reanudaba su descenso, y el mar obligaba a El Siluro a repetir el mismo pacto insensato: subir lo suficiente para sobrevivir, pero no lo suficiente para morir.

Santo mantuvo la vista fija en el mapa electrónico.
—El objetivo aún está lejos.
Nono soltó una risita.
—Dices eso cada tres minutos.
—Porque sigue estando lejos cada tres minutos.
—Podrías variarlo.
Santo dejó el lápiz de color, pero lo recogió inmediatamente, como si soltarlo demasiado tiempo pudiera hacerles perder la concentración.
—Muy bien. El objetivo se niega a acercarse a una velocidad compatible con nuestra moral.
—Gracias, eso es un alivio.

Paco, sin embargo, no bromeaba. Había vuelto a los tubos. Los tubos uno y dos habían dado por terminado el asunto. Los tubos tres y cuatro seguían cumpliendo su función de reserva, esa extraña y casi vergonzosa función de torpedos desarmados listos para enganchar redes en lugar de destruir barcos. Revisó las cunas, luego el soporte de los tubos torpederos. No por preocupación inmediata, sino por un cansancio inteligente. De ese que ya no se pregunta si el problema volverá, sino de qué forma.

—Tubos cortarredes realimentados —dijo—. De momento.
Biela gruñó.
—"De momento" se ha convertido en nuestro lema.

La pantalla de alerta parpadeó.
Todos la vieron.
Nadie se movió de inmediato.

Pasó ese absurdo medio segundo en el que los hombres parecieron esperar que la pantalla cambiara de opinión, que parpadeara por costumbre, por nerviosismo, por mal gusto. Entonces las líneas de texto desaparecieron y se abrió una nueva ventana táctica.

Ecos.
Otra vez.
Parabólica cerró los ojos antes de que Morena dijera nada.
—¿Minas?
—Minas.

Nono puso los dedos en los controles. Esta vez no preguntó cómo. Ya conocía la broma. La pantalla le mostraba los puntos hostiles, no el camino. La máquina no le daba una ruta. Le daba un problema, un puñado de teclas y la responsabilidad de seguir con vida al final.

—¿Cuántas? —preguntó Morena.
Parabólica escuchó.
—Demasiadas para que me gusten los números.
Biela refunfuñó al instante.
—Maldita sea, espero que aún te queden vidas en el Frogger, Nono.
Porque las patas de la rana empiezan a pesar.

Nono no respondió.

El Siluro entró en el campo.

Ya nadie comentaba el color de los ecos, ni la parquedad de la interfaz, ni la forma obscena en que el sistema convertía el miedo en un simulacro. Ascender. Descender. Mantener. Avanzar. Las minas pasaban demasiado cerca, no porque se movieran, sino porque El Siluro ya no tenía la agilidad del principio. Cada corrección llegaba con un pequeño retraso. Cada retraso se convertía en un insulto.

—Demasiado bajo — dijo Santo.
—Ya veo.
—Entonces asciende.
—Estoy ascendiendo.
—No tanto.
—Decídete.
—Decidiré después del mar —respondió Santo—. Tiene prioridad.
Un punto rojo se deslizó bajo su marcador. Demasiado cerca.

El Marsellés no maldijo. Era mala señal.
El casco vibró.

No fue una sacudida. Todavía no. Solo ese roce imaginario que todos sintieron porque sabían lo que podría haber pasado. La sala de mando se tensó como un músculo.

Entonces el último eco pasó tras ellos.
La pantalla volvió a mostrar los mensajes.
Nadie cantó victoria.

El Profe tomó nota.
03:49 — Otro campo minado atravesado. Daños sin cambios. Fatiga aumentada.

Miró la línea.
—«Fatiga aumentada» suena burocrático.
—Escribe «empezamos a oler a muerto», sugirió Biela.
—Dejaré «fatiga aumentada».
—No tienes talento para las llamadas de auxilio.

Morena no intervino. Se quedó mirando la carta. El punto de El Siluro seguía avanzando, pero ya no tenía el mismo ritmo. Al comienzo de la misión, parecía frágil porque estaba solo. Ahora parecía viejo. Como si el propio símbolo hubiera recibido los golpes en lugar de la nave.

Parabólica levantó lentamente la mano.
Biela lo escuchó casi antes de que hablara.
—No.
—Contacto aéreo —dijo el sonar.
—He dicho que no.
—No te escuché.
Morena cerró los ojos por una fracción de segundo.
—Inmersión.
—Ya vamos cuesta abajo —dijo El Marsellés.
—Más abajo.
—Más abajo, empezamos a confiar nuevamente en el mapa.
Santo sonrió sin alegría.
—La carta nos miente menos cuando no le pedimos nada.

El Siluro se hundió.

El mar negro volvió a cerrarse a su alrededor. Las bombillas vibraron otra vez. Las máquinas volvieron a protestar. Biela mascullaba cosas que nadie habría sabido transcribir correctamente en un cuaderno de bitácora. Arriba, el avión pasó sin encontrarlos ni poder pillarlos. Nadie lo sabía realmente. En aquella bahía, hasta los éxitos parecían deudas aplazadas.

El oxígeno descendió.
Otra vez.

El Marsellés lo anunció, esta vez en voz más baja.
—Capitán.
Morena no lo miró.
—Lo sé.

El cuarto ya no era una franja horaria. Era un estado. Un trozo de noche atrapado en los pulmones, en las muñecas, en los nervios. El Siluro no estaba perdiendo una batalla justa. Se desgastaba por partes. Un poco de pintura en una red. Un poco de oxígeno en cada

ascenso. Un roce en el metal con cada sacudida. Una punzada de envidia con cada pantalla que cambiaba de modo para anunciar una nueva forma de sufrimiento.

Santo repitió:
—El objetivo aún está lejos.
Esta vez, nadie le pidió que cambiara de opinión.
El Profe dejó el boli un segundo.
—La bahía ya no solo intenta hundirnos —dijo.
Morena giró ligeramente la cabeza.
El Profe miró su cuaderno, luego los diales, luego a los hombres que lo rodeaban.
—Primero intenta acabar con nosotros.

Morena vio el movimiento del bolígrafo, pero no preguntó.

Miró a sus hombres. Nono seguía al timón, pero sus dedos parecían más viejos que él. Parabólica escuchaba con la concentración de quien sabe que tarde o temprano oirá algo peor. El Marsellés mantenía la vista fija en el oxígeno. Biela dirigía la sala de máquinas con furia. Paco tenía las manos cerca de los tubos, listo para lanzar un torpedo, un misil o su paciencia, según lo que exigiera la bahía.

El Capitán puso la mano en la consola.
—Continuemos.

La frase distaba mucho de ser heroica.
Simplemente surgió espontáneamente, entre dos averías, dos jadeos y dos amenazas aún invisibles.

El Siluro continuó.

Santo no se reía. Sus ojos estaban fijos en el rumbo, luego en el reloj del barco. Su bolígrafo flotaba sobre la carta electrónica, sin encontrar dónde apoyarse.
—Llegamos a la zona a las 03:25 —dijo.
Morena giró la cabeza lentamente.
—¿Cuánto?
Santo miró la pantalla, repitió un cálculo que ya había hecho dos veces y luego desistió de intentar que sonara más agradable.
—Seis minutos antes del tiempo previsto.

Nono resopló por la nariz.
—Seis minutos es mucho.
Santo lo miró.
—Aquí no.

El silencio cambió de peso.

Seis minutos no eran casi nada. No alcanzaba para reparar. No era suficiente para dudar. No bastaba para inventar una ruta mejor. Seis minutos eran un puñado de segundos repetidos demasiado rápido, con menos oxígeno, metal cansado, hombres enrojecidos y una bahía que parecía haber decidido hacerles pagar cada metro.

Morena puso su mano sobre el escritorio.
—¿El objetivo?

Santo siguió el punto de El Siluro. El símbolo seguía avanzando, obstinado, casi insultante en su forma de creer en líneas rectas. Pero el objetivo seguía adelante. Demasiado lejos. Demasiado limpio en la pantalla. Demasiado indiferente a lo que acababan de atravesar.

—Inalcanzable en el plazo estipulado —dijo Santo.

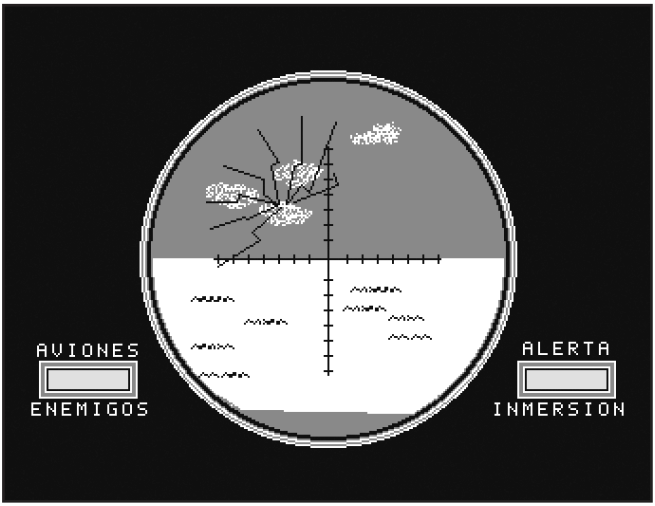
Nadie respondió de inmediato.
La sentencia no decía que iban a morir. Era casi peor. Decía que sobrevivieron a todo eso sólo para llegar demasiado tarde.

Biela interfirió por el intercomunicador.
—Fabuloso. Seis minutos, un Basuro a cachos y más bahía delante para enterarnos de que ya estamos fuera de concurso.

El Marsellés miró el indicador de oxígeno.
—Y el oxígeno no será una excepción.

Paco, cerca de los tubos, ya había retomado el ciclo. Tubos uno y dos habían cantado, por lo que tuvieron que ser alimentados nuevamente. No rápidamente. No correctamente. Con esa paciencia seca de hombres que saben que un torpedo mal colocado se convierte en promesa de problemas. Los tres y cuatro permanecieron en modo de cortarredes, con el casco puesto, listos para abrir una malla si la bahía les escupía una nasa a la cara.

Paco combinó dos tareas en la misma maniobra: recargar los torpedos y tener los proyectiles de corte listos. Y, sin embargo, en ese momento, incluso las armas parecían fuera de lugar. No se puede torpedear un reloj.



FATIGA — periscopio, visor, daño, límite

El Sioux

— · —

Morena abrió la boca.

No tuvo tiempo de hablar.

Una breve señal crepitó en la sala de mando.

No era una alarma de choque. No era el sonar. No era el oxígeno.

Una transmisión.

El Profe levantó la vista de inmediato.
—Mensaje cifrado entrante.

Santo se incorporó.
—¿Origen?

El Profe pasó la mano por el receptor.
—Identificación débil. Señal automática. Paquete comprimido.

Parabólica se quitó un auricular.
—¿Automático?

A nadie le gustaba esa palabra.

Un mensaje automático en alta mar nunca tenía el buen gusto de anunciar que todo estaba bien. Se enviaba cuando nadie podía hablar. Se enviaba cuando algún sistema, en algún lugar, decidía que la tripulación había perdido el control.

El Profe descifró las primeras líneas.

Su rostro cambió antes que su voz.
—Submarino explorador... identificación Sioux.
Paco levantó lentamente la cabeza.
—¿El Sioux?

Santo cerró los ojos un segundo.
—Estaba delante de nosotros.

Morena permaneció inmóvil.
—¿Cuánto tiempo?
—Enviado a la zona veinte minutos antes que El Siluro —dijo Santo —. Mismo rumbo general. Más ligero. Más rápido.

Biela maldijo por el intercomunicador, pero no tan alto como de costumbre.

El Profe continuó.
—Transmisión automática iniciada tras fallo de los sistemas principales. Marca de tiempo... 03:47.

Nono miró el reloj.
—Hace dos minutos.

La sala de mando pareció encogerse.

Dos minutos no eran noticia. Era casi un sonido cálido. En algún lugar delante de ellos, en esa misma bahía, otra tripulación acababa de llegar al final de su ruta. El Sioux ya no era un punto en el mapa. Era un fantasma que hablaba con retraso administrativo.

—Leído —dijo Morena.
El Profe tragó saliva.
—Informe automático de la misión. Progreso en la bahía: confirmado. Zonas minadas atravesadas: tres. Redes antisubmarino: dos. Contactos de superficie neutralizados: uno. Ataques aéreos sufridos: cuatro. Daños críticos. Objetivo principal...

Se detuvo.

Biela no lo dejó respirar.
—¿Objetivo principal, qué?

El Profe continuó, bajando la voz.
—Objetivo principal no alcanzado.

Paco bajó la mirada hacia los tubos.

Santo había dejado de mirar la carta. Se quedó mirando el informe como si las palabras mismas estuvieran mal conectadas.

—¿Estado de la embarcación? —preguntó Morena.
El Profe leyó la línea siguiente.
—Sioux perdido. Tripulación presuntamente muerta. Última transmisión automática.

El silencio que siguió fue diferente a cualquier otro.

No hubo choque, ni agua golpeando, ni metal cediendo. Solo una frase limpia, producida por un sistema que jamás había visto los rostros de esos hombres a los que acababa de clasificar.

Entonces El Profe frunció el ceño.
—Hay algo más.
—¿Qué? —preguntó Santo.
El Profe lo releyó, como si la línea pudiera cambiar si se le diera la oportunidad.
—Porcentaje de misión completada: 96 %

Nono giró la cabeza.
—¿Noventa y seis?
—Noventa y seis por ciento —repitió El Profe.
Biela soltó una risa seca. No una risa real. Un bufido.
—¿Murieron a un cuatro por ciento de la victoria?

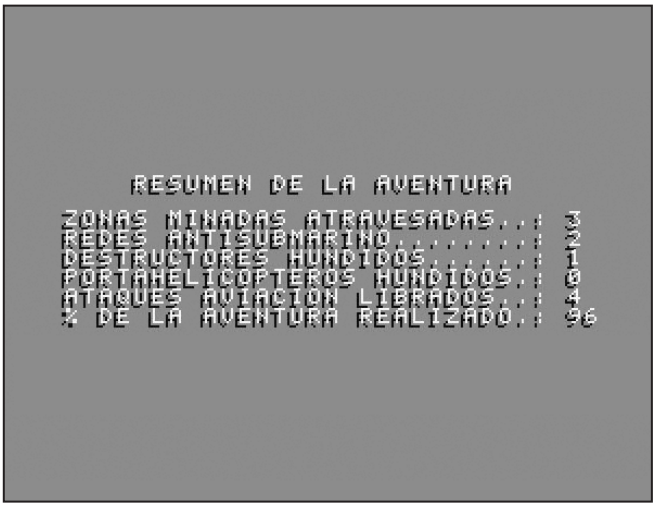
Nadie respondió.

Sobre el papel, el informe era casi glorioso. Tres zonas minadas. Dos redes. Un barco hundido. Cuatro incursiones aéreas repelidas. Noventa y seis por ciento. Un resultado excelente para un submarino en el fondo de la bahía, con su objetivo intacto en algún lugar delante de ellos.

Santo habló en voz baja.
—El cálculo no sabe lo que es el fracaso.
Morena miró la pantalla.
—No. Solo sabe sumar lo que hemos sufrido.

El Profe permaneció frente al informe, con el bolígrafo inmóvil.

Podría haber escrito sobre la pérdida del Sioux. Podría haber anotado la hora, la identificación, los daños, el porcentaje. Pero por un instante, ninguna frase le pareció lo suficientemente puñetera como para contener eso.



SIOUX — caído en combate, misión estimada en un 96%

Quince minutos robados

— · —

Llegó una segunda señal.

Esta vez nadie saltó.

Ya estaban demasiado hartos con la primera noticia.

—Otro mensaje críptico —dijo El Profe.
Santo se inclinó hacia el escritorio.
—¿La misma fuente?
—No. Canal de mando. Almirantazgo.
Biela resopló.
—Ah. Los vivos que hablan de los muertos.
Morena no le reprendió.
—Descifra.

El Profe inició el procedimiento. El mensaje tardó más en abrirse, como si la propia institución necesitara un ceremonial para anunciar el horror. Entonces aparecieron las líneas.

El Profe leyó.
—Confirmación de pérdida de explorador Sioux. Embarcación considerada destruida en operación. Tripulación citada por acción excepcional en zona enemiga.

Se detuvo por una fracción de segundo.
—Condecoraciones póstumas propuestas para toda la tripulación.

Nono bajó la mirada.

Paco apretó la mandíbula.

Biela escupió por el intercomunicador:
—Eso les vendrá de maravilla.

El Profe continuó, pero su voz había cambiado. Más monótona. Más dura.
—A pesar de que el objetivo principal no fue destruido, la acción del Sioux se considera decisiva. El daño infligido a las defensas enemigas ha ralentizado significativamente los preparativos del adversario.

Santo levantó la vista.
—¿Ralentizado?.

Morena comprendió antes que los demás.

El Profe continuó.
—Comunicación interceptada. Fuerzas terroristas anuncian quince minutos adicionales concedidos a las fuerzas aliadas para cumplir con las exigencias requeridas. De lo contrario, se lanzará un ataque aéreo a gran escala.

Un escalofrío recorrió la sala de mando.

Quince minutos.

La palabra debería haber tranquilizado a alguien. No tranquilizó a nadie. No llegó por casualidad. Llegó aferrada al informe del Sioux, a su absurdo porcentaje, a sus muertos ya condecorados, a su objetivo fallido. Quince minutos ganados por hombres que no los usarían.

Santo miró la carta.
—Eso no es benevolencia.
—No —dijo Morena.
—Los retrasaron.
—Sí.

Biela volvió, más bajo.
—¿Y a eso le llaman regalo?

Paco apoyó la mano sobre el frío metal de los tubos.
—Están guardando las apariencias.

—Todos intentan guardar las apariencias —dijo Santo—. El Almirantazgo con sus medallas. Los terroristas con su dilación. El informe con su noventa y seis por ciento.

El Marsellés miró fijamente el indicador de oxígeno.
—¿Y nosotros?

Morena miró a cada uno de ellos.

Nono al timón, con los dedos rígidos. Parabólica bajo su casco, ya de vuelta a los sonidos de la bahía. El Profe frente a dos mensajes que apestaban a muerte limpia. Santo, apretando el lápiz con demasiada fuerza. Paco cerca de los tubos, aún con fuerzas para disparar y sin ninguna ilusión sobre el valor de los números. Biela, en algún lugar de la sala de máquinas, manteniendo con vida a un Basuro que todos maldecían porque seguía ahí.

—Nosotros —dijo Morena— estamos usando estos quince minutos.

El Profe volvió a coger su bolígrafo.
Esta vez, no creó una nueva línea. Volvió a la de las 03:49, como si ese mismo minuto se hubiera llenado de repente para un solo recuadro.
Actualización — Informe automático de Sioux recibido. Explorador destruido a las 03:47. Objetivo no alcanzado. Misión evaluada al 96%. El Almirantazgo confirma la pérdida del Sioux. El límite de tiempo enemigo se extiende quince minutos. La misión de El Siluro mantenida.

Biela gruñó por el intercomunicador.
—Misión mantenida. Eso es algo. Parece que lo único que tienes que hacer es sostener las palabras para que los hombres te entiendan.

Morena miró la ruta.

El objetivo ya no era alcanzable dentro del primer límite de tiempo. Quizás lo fuera dentro del segundo. No era esperanza. Era un respiro

pagado por otro submarino.

—¿Santo?
—Nuevo límite de tiempo, nueva ventana —respondió—. Si El Basuro sigue avanzando, aún podemos lograrlo.

—Sí —dijo Nono.
—Sí. Todo el plan está en esas palabras.
Parabólica volvió a recolocarse los cascos.
—La bahía comienza a hablar de nuevo.

Morena no preguntó aún qué decía.

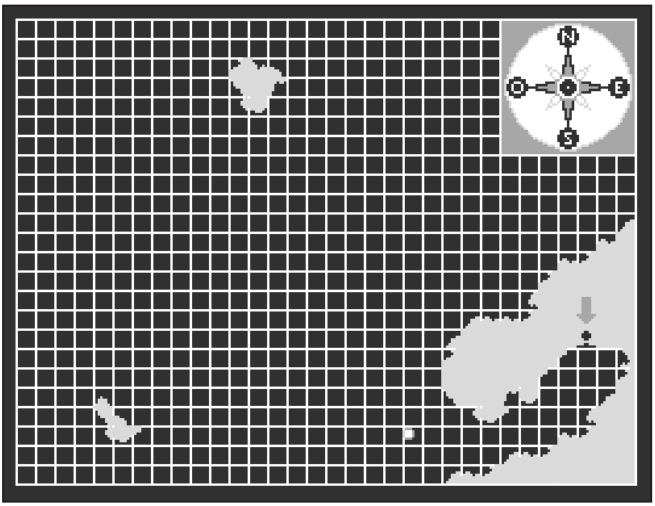
Miró el reloj.
Quince minutos más.
En otro mundo, esto habría parecido una buena noticia. Aquí era sólo otra forma de seguir perdiendo piezas.

—Rumbo mantenido —dijo.
Nono puso sus manos en los controles.
—Rumbo mantenido.

El Siluro avanzó.

Detrás de él, El Sioux acababa de entrar en los archivos, las condecoraciones y los porcentajes. Frente a ellos, el objetivo todavía estaba esperando. Y entre ambos quedaban quince minutos tomados prestados a los muertos.

❖



MAPA DE LA MISIÓN: quince minutos, objetivo alcanzable

La ruta existe

— · —

Tras el mensaje del Almirantazgo, la bahía no les ofreció quince minutos más. Les cedió quince minutos a crédito.

Había más aviones.

Más subidas a por oxígeno demasiado cortas, once segundos arrancados de la superficie antes de hundirse como ladrones. Más bombas cayendo demasiado cerca, luces parpadeando, Biela maldiciendo por el intercomunicador y El Marsellés mirando el indicador con la expresión de quien intenta negociar con un grifo cerrado.

También aparecieron dos nuevos buques de superficie.
El primero se hundió limpiamente, si es que se le puede llamar así a una masa de chatarra retorciéndose en el agua, haciendo temblar todo a su alrededor. El segundo requirió dos correcciones: un insulto de Paco y un torpedo lanzado con suficiente mal humor para completar su cometido.

Y luego estaba la moto acuática.

Nadie sabía realmente qué hacía allí. ¿Un explorador? ¿Un loco? ¿Un terrorista demasiado seguro de sus gafas de sol? En la pantalla, solo se veía un contacto breve, nervioso, minúsculo, casi insultante, tras las minas, las redes y los helicópteros. Sin embargo, a través del periscopio, Morena lo confirmó: un tipo se lanzó sobre el agua, con los hombros en alto, las lentes reflectantes, la postura exacta de un vago convencido de que la guerra lo necesitaba. Cualquier parecido con una persona real, viva, bronceada o motorizada, por supuesto, solo podía ser pura coincidencia.

Paco aún tenía los tubos tres y cuatro en modo cortarredes.
—No vamos a desperdiciar un torpedo de verdad en esto —dijo.
—¿Qué sugieres? —preguntó Santo.
Paco miró sus luces.
—Un abrelatas.

El torpedo desactivado salió disparado con su cabezal cortante.

Sin explosión. Sin estallido heroico. Solo una línea brutal bajo la superficie, un corte limpio, y la moto acuática dejó de tener futuro de repente. El tipo de las gafas se desvaneció en una mezcla de espuma, plástico y una muy mala comprensión de lo sucedido.

Biela permaneció en silencio durante dos segundos.
—Toma nota, Serrano. Primer vago neutralizado por torpedo cortante.
Serrano levantó su bolígrafo.
—No puedo escribir eso.
—Claro que puedes. Es incluso más preciso que tu "daños moderados".

Morena lo interrumpió.
—Continuemos.

Y continuaron.

Más despacio de lo que la prudencia habría dictado. Más lento de lo que la misión requería. Pero avanzaron. Y, por primera vez en mucho tiempo, la pantalla no se llenó inmediatamente de minas, redes, incursiones, correcciones imposibles ni mensajes que parecían esquelas.

Santo siguió la ruta en silencio.

Morena finalmente lo miró.
—Dilo.
Santo no levantó la vista de inmediato.
—La ruta existe.
Biela emitió un gruñido por el intercomunicador.
—¿Acabamos de cruzar media bahía a trompicones para escuchar esto?

—Solo digo que el objetivo no era inalcanzable por la distancia —respondió Santo—. Nunca lo fue.

Nono frunció el ceño.

—¿Entonces qué?

Santo colocó el lápiz de color sobre el mapa.

—No es la ruta lo que nos está matando. Es todo lo que la bahía acumula encima.

Nadie respondió.

La frase permaneció en el centro de la sala de control con una precisión desagradable. Minas. Redes. Aviones. Subidas a por oxígeno. Torpedos. Daños. Mensajes cifrados. Muertos condecorados antes incluso de enfriarse en las profundidades. El viaje, sin obstáculos, podría haberse realizado. Ese era el precio a pagar por cada metro que había envejecido al submarino diez años en menos de media hora.

El Marsellés seguía escudriñando el oxígeno.

—No podemos pretender por mucho tiempo que todo está mejor.

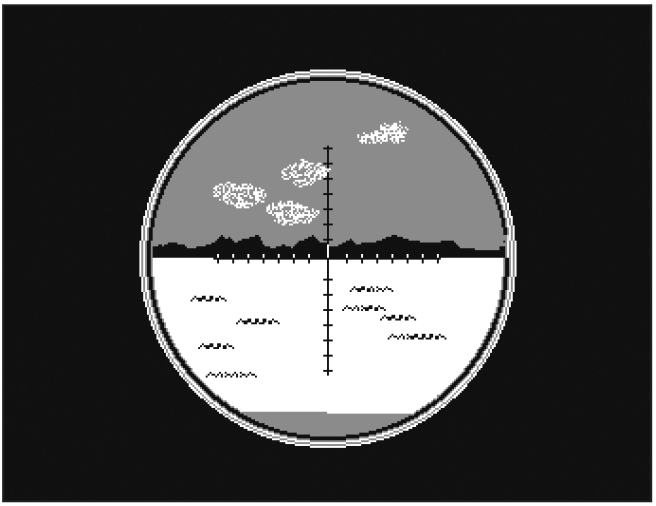
—Nadie lo pretende —dijo Morena.

Biela soltó una risa seca.

—¿Ah, no? Sin embargo, me siento como si estuviera atrapado dentro de la peor máquina recreativa jamás diseñada.

Paco no se reía. Estaba junto a los tubos. Los tubos uno y dos habían sido realimentados. Los tubos tres y cuatro aún conservaban sus proyectiles de corte, listos para otra red. En sus manos, dos funciones: enviar la muerte hacia adelante, cortar la trampa alrededor.

❖



PERISCOPIO — objetivo, mira, aproximación, decisión

Objetivo nulo

— · —

Parabólica alzó la cabeza.
—Contacto fijado.
La sala de mando se congeló.
—¿Superficie? —preguntó Morena.
—No. Demasiado regular. Demasiado grande. Eco débil, estructura amplia. Delante.

Santo miró el mapa.
No necesitaba decir la palabra.
El objetivo.
Estaba allí.

No en la forma heroica prometida en los informes. No como un blanco perfectamente dibujado en un manual. Solo una masa instalada en la bahía, lo suficientemente real como para justificar todo lo que acababan de perder, lo suficientemente cerca como para que cada respiración se les acortara.

—Nivel de periscopio —dijo Morena.

El Marsellés obedeció.

El Siluro emergió con el cansancio de una vieja bestia obligada a ponerse de pie por última vez. Nadie comentó ya sobre el riesgo. Ya habían estado demasiado cerca de él. El oxígeno descendió, los motores tosieron, el casco conservaba el recuerdo de los golpes, pero el objetivo estaba delante. Esta vez, no había forma de apaciguar el miedo.

El periscopio se elevó.
Morena acercó los ojos.

La sala de mando quedó en silencio.

No era el silencio de las órdenes. Ni el silencio de la espera. Un silencio más antiguo, casi supersticioso. El tipo de silencio que se guarda ante una puerta cuando no se sabe si lleva a la salida o a las profundidades.

—Plataforma confirmada —dijo Morena.
Paco puso la mano en los controles.
—¿Tubo uno?
Morena ajustó.
—Un momento.

En el periscopio, el objetivo se encontraba en el centro de un mundo demasiado estrecho. Una plataforma negra y baja, erizada de ángulos y estructuras inútiles a esa distancia. No hacía falta saber más. Estaban en el lugar correcto. Por fin.

Parabólica escuchaba por los auriculares.
—Nada más en el eje inmediato.
Biela suspiró.
—Por una vez, la bahía está en silencio.
—Tubo uno listo —dijo Paco.

Morena permaneció en el periscopio un segundo más.

Un segundo de más, quizás. O el primer segundo verdaderamente necesario desde el principio.

—Fuego.

Paco confirmó.
El torpedo fue lanzado.

El Siluro sintió ese peculiar escalofrío que se produce cuando los barcos se liberan de su ira. Ni un sobresalto. Una decisión tomada.

—Torpedo lanzado.
—Inmersión.

El periscopio descendió. El Siluro con él.

Nadie habló durante el recorrido.

Ya no había chistes que contar, ni comentarios ingeniosos, ni rabia que exhalar. Todo se había ido con el torpedo: el cansancio, los muertos del Sioux, los minutos robados, la pintura desconchada, las redes enganchadas, las minas esquivadas por poco, los aviones que habían aprendido su olor.

Entonces llegó el sonido.

No claro. No glorioso. Un estruendo enorme, amortiguado por el agua, filtrado por el casco, se transformó en una masa sorda que atravesó la sala de mando. El mar nunca producía explosiones como en las películas. Las masticaba primero.

Parabólica cerró los ojos.
—Impacto.
Un segundo estruendo siguió, más largo, más profundo.
—La estructura cede.
Paco no se movió.
—¿Destruido?.
Parabólica volvió a escuchar.
—Sí.

Morena no levantó el puño. Nono no gritó. Biela ni siquiera profirió un insulto triunfal. Todos seguían esperando que la bahía exigiera su castigo.

En cambio, la pantalla cambió.
Se puso negra.
Aparecieron tres líneas, nítidas, centradas, casi absurdas después de todo lo que había costado conseguirlas.

ENHORABUENA
OBJETIVO
DESTRUIDO

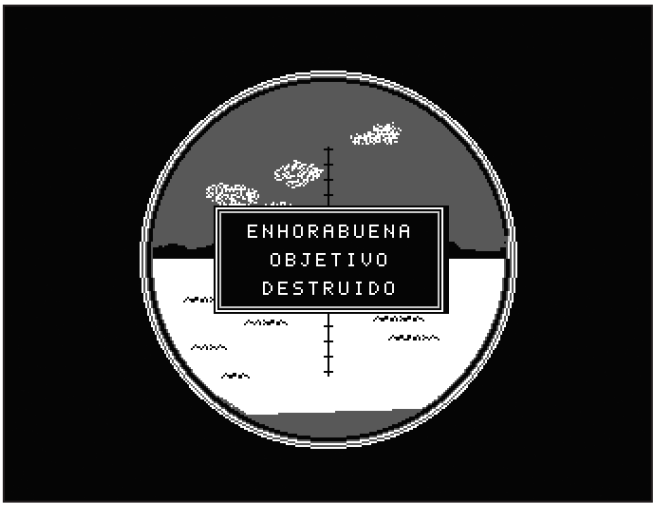
La sala de mando permaneció inmóvil frente al panel.

Cabía esperar una fanfarria, un grito, un suspiro, algo parecido a una liberación. El sistema les ofreció un rótulo. Tres palabras sobre fondo negro. Ni siquiera tiempo para saborearlo. Ni siquiera la cortesía de un verdadero silencio.

Biela finalmente habló.
—¿Eso es todo?

Nadie respondió.

OBJETIVO DESTRUIDO: el mensaje emerge, el mar se calla



OBJETIVO DESTRUIDO: el mensaje emerge, el mar se calla

¿Volver a jugar?

— · —

El rótulo desapareció casi de inmediato.

En su lugar, apareció el informe final.

Serrano tomó el boli. Leyó las líneas en voz baja, como si ordenara las pertenencias de un muerto.
—Resumen de la aventura.

La pantalla mostraba el recuento.

Campos minados atravesados.

Redes antisubmarinas perforadas.

Destructores hundidos.

Portahelicópteros hundidos.

Ataques aéreos soportados.

Porcentaje de misión completada.

Cada línea caía con precisión. Demasiada precisión. El programa contaba los eventos con la exactitud de un taquillero. Sabía cuántas minas se habían perforado, cuántas redes se habían abierto, cuántos barcos se habían hundido, cuántas veces había caído el cielo. Sabía sumar.

No sabía comprender.

Desconocía el valor de once segundos de oxígeno. Desconocía el coste de un proyectil de corte lanzado demasiado pronto, un tubo reabastecido bajo impacto, una ruta recalculada mientras otra tripulación perecía con un 96 % de éxito. Desconocía que una victoria podía tener el sabor de un reporte de daños.

—¿Porcentaje? —preguntó Morena.

Serrano leyó.
—Noventa y seis.

La misma cantidad que El Sioux.

Nadie habló de inmediato. El Sioux había fracasado, se había hundido, perdido a su tripulación, y el informe le había dado un 96 % de éxito. El Siluro acababa de destruir el objetivo, había cruzado la bahía hasta el final, y el sistema le mostraba el mismo número, con la misma frialdad de máquina satisfecha.

Biela finalmente habló por el intercomunicador:
—Entonces, vivos o muertos, con el objetivo fallado o acertado, ¿vuestro contador marca noventa y seis?

Serrano miró la pantalla.
—Eso es lo que dice.
—Bueno, ese porcentaje no justifica el combustible que se necesita para mostrarlo.

La cifra debería haber sido alentadora.

Solo empeoró las cosas.

Entonces apareció la pregunta final.

¿Quieres intentarlo de nuevo?

Bielle soltó una risa sin alegría.
—Tiene sentido del humor.
Nono finalmente soltó los controles.
—Yo no.

Morena permaneció frente a la pantalla. La misión estaba cumplida. La plataforma destruida. El tiempo arrebatado a los muertos no había sido en vano. El Siluro había hecho lo que se le había encomendado.

Pero algo, en la sala de mando, no terminaba de encajar.
Todavía no.
Quizás nunca del todo.

El informe permanecía allí, seco, impecable, indiferente. Una lista de casillas validadas en vez de tachadas. Un resumen para quienes no habían sentido vibrar el casco. Una victoria tan fría que parecía un obituario.

Así que el narrador volvió a subir solo.

Dejó atrás El Siluro, sus hombres, sus tubos, su indicador de oxígeno y su pantalla negra. Cerró la escotilla como quien cierra un viejo juego cuyo concepto se respeta sin perdonar todo lo que exige. ORMUZ tenía una ambición real: contener dentro de una sala de mando toda una guerra de nervios, indicadores, profundidad, sonar, minas, redes, batallas e incursiones. No era tarea fácil. En el CPC, esa promesa tenía peso. Olía a simulación de ensueño lograda con recursos limitados, la fantasía de un submarino reducida a unos pocos botones, unos pocos números y una presión excesiva.

Pero aprender cuesta.

A menudo, demasiado.

ORMUZ no te guía realmente. Te agota. Acumula sistemas antes de que tengas tiempo de entenderlos. Transforma la curiosidad en resistencia, y luego la resistencia en obstinación. Constantemente asfixiado a bordo, el jugador termina sintiéndose asfixiado frente a la pantalla.

Y cuando la plataforma finalmente desaparece, el juego no lo celebra. Simplemente sentencia.

ENHORABUENA. OBJETIVO DESTRUIDO.

Entonces piensa.

Quizás ahí reside ORMUZ, en lo más profundo: en esa extraña contradicción entre una idea realmente buena y una máquina demasiado implacable para dejar respirar. Una sala de mando bulliciosa, una misión que deja huella, una atmósfera absorbente... y esa sensación, una vez de vuelta a la superficie, de haber cruzado no solo la bahía de Ormuz, sino una lata demasiado cruel para su propia genialidad.

Sobre la mesa, el informe queda abierto.

Parco como una esquela.

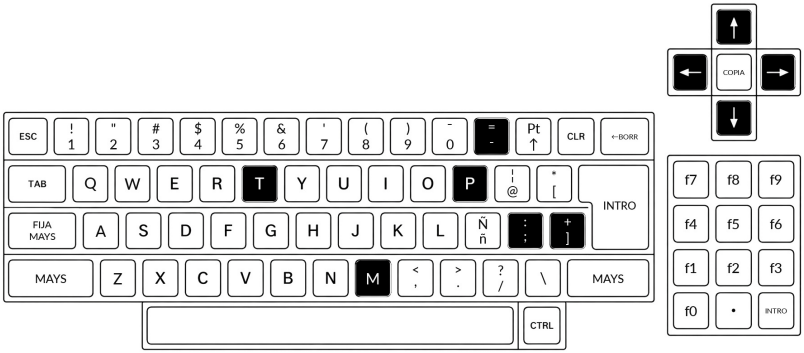
Y en algún lugar bajo la línea negra, El Siluro quizá continúe avanzando.

❖

Manual de a bordo

— • —

Controles principales del Amstrad CPC



Teclas	Función
M	Carta electrónic
P	Periscopio
T	Lanzamiento de torpedo
; o]	Aumentar potencia
-	Disminuir potencia
←	Timón a la izquierda
→	Timón a la derecha
↑	Soltar lastre / Ascender
↓	Cargar lastre / Descender

Nota sobre el teclado

ORMUZ comprueba los caracteres recibidos por el CPC, no la posición física de las teclas. Es un detalle importante. En un teclado francés o CPC correctamente emulado, la tecla 6 produce el carácter] y, por tanto, aumenta la potencia. En algunos emuladores configurados como un teclado moderno de PC o Mac, esta misma tecla puede enviar el carácter -, lo que tiene el efecto contrario en la potencia.

Si estás usando un Amstrad con teclado castellano, no necesitas averiguar qué teclas usar ya que Ormuz ha sido programado para esta configuración.

Para recuperar el comportamiento de la máquina antigua, es necesario utilizar una ROM y un mapeo de teclado acordes con el modelo elegido. Para este relato/ensayo, la referencia elegida es la de un CPC francés. La página anterior muestra la disposición de las teclas correspondiente a la versión española del CPC.